LUIS VÁZQUEZ LEÓN: El Leviatán Arqueológico. Antropología de una Tradición Científica en México. CNWS Publications, 44. Research School CNWS. Leiden. The Netherlands, 1996, 388 pp. ISSN 0925-3084. Also published as thesis Leiden University ISBN 90-73782-65-1.

Luis Vázquez es un antropólogo social del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social de Occidente (Guadalajara, Jalisco) que, por primera y única vez, estudia a los arqueólogos como grupo sociocultural. Su decisión nace del interés por comprender su ventaja respecto a los antropólogos en *el control de los recursos asignados a cada campo de investigación* en México (pp. 291-292). Quiza por eso, y a diferencia de otros análisis sociales de la ciencia y los científicos, el autor nunca fue invitado a realizar su investigación. Los problemas de acceso, cuando no de rechazo, restringieron su uso de entrevistas formales y encuestas orientándole al análisis del dato cualitativo (pp. 19-20).

Dentro de una "incipiente antropología de la ciencia comprende la arqueología en México como una tradición heredada de ciencia y cultivada en un entorno de tradicionalismo nacionalista...pero también de una administración anticuada de los bienes culturales, a su vez sujeta de un patrimonialismo presidencialista. En este marco sociopolítico, (dicha)...tradición es reproducida...(en) una cultura disciplinaria de evitación, desconfianza y conflicto...que impide, en conjunto, su transformación conceptual y la eclosión de masas críticas de arqueólogos cooperativos" (p. 20).

La obra es deudora de la filosofía hermenéutica crítica. Valora las experiencias y conceptualizaciones del observador externo y de los arqueólogos, asi como las conductas intencionales de estos últimos (Apéndice I). Ese enfoque y algunos aspectos de la temática (Rao, 1995) la acercan a la arqueología post-procesual. Entre ellos está ese énfasis en la importancia de las tradiciones regionales para comprender la práctica profesional, así como en el papel del nacionalismo como principal factor de desarrollo de dichas tradiciones.

El caso escogido es relevante. México, como centro civilizatorio reconocido internacionalmente y una de las potencias mundiales de turismo arqueológico, focaliza la atención de numerosos arqueólogos. Pero, sobre todo, la República mexicana ha logrado un notorio consenso social sobre la conexión entre patrimonio arqueológico e identidad nacional. La paralización desde mayo de 1999 de las universidades "contra la privatización de la educación y de la herencia histó-

rica", cuya gestión monopoliza el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH, 1938), expresa la vigencia del libro (Prefacio, p. 3) y su trascendencia mas allá del ámbito disciplinar.

El Leviatán consta de un glosario de revistas e instituciones, prefacio, introducción, seis capítulos, dos apéndices y Summary (pp. 380-388). Los capítulos descienden del "mundo de las ideas arqueológicas... hacia el mundo social de la arqueología institucional, y con ella (al) conocimiento...de los grupos e individuos que la componen" (p. 160).

El capítulo 1 y el apéndice II conectan el desarrollo teórico de la arqueología mexicana entre los dos siglos con los etnólogos alemanes vinculados con la historia cultural. Según Vázquez, gracias a su difusionismo, la Escuela Mexicana de Arqueología conceptualizó el "área cultural mesoamericana" que permitiría incorporar los resultados de las excavaciones en todo el país a una historia cultural integrada del México antiguo. Este concepto seminal facilitaría, además, una continuidad histórica que serviría a la cohesión nacional, justificando la conservación y puesta en valor de los monumentos arqueológicos.

El capítulo 2 refiere al sistema jurídico patrimonial de la arqueología mexicana la génesis y contexto social de su institucionalización y profesionalización. El peculiar dominio de lo público en función de lo privado de la corona española sobreviviría tras la independencia. La apropiación de la antigüedad indígena por el patriotismo criollo fundamentaría simbólicamente el nuevo nacionalismo mexicano. Desde entonces la arqueología crecería en profesionalidad pero no en autonomía. Incluso hoy el Presidente de la República es la única persona cualificada para determinar el estatuto del patrimonio antiguo (pp. 90 y 384). Esta administración clientelar conectaría la gestión de un patrimonio cultural pretendidamente público con la ciencia arqueológica. La arqueología se beneficiaría así de su compromiso esencial con la preservación de los monumentos identificados con el origen

El capítulo 3 caracteriza la práctica de la arqueología estatal y universitaria a través de sus instituciones, producción científica y grupos profesionales. De ello resulta una inesperada diversificación institucional conectada con la reciente proliferación de arqueologías regionales.

El capítulo 4 valora la verticalidad (tamaño de la jerarquía interna) e intensidad (número de miembros o recursos aplicados)(p. 174) de los proyectos arqueológicos, gubernamentales y universitarios, "cualificadores de las clases de arqueología y de arqueólogos"

(p. 162). Según Vázquez, su concesión por el INAH introduce a los arqueólogos en una dinámica mas política que científica que mediatiza logros y "situaciones de conflicto por la prioridad de los descubrimientos o de rivalidad por la consecución de prestigio, poder o validación de una teoría o interpretación" (p. 163).

El capítulo 5 refiere dicha dinámica a los estudios cualitativos de los proyectos Templo Mayor (1978-1982), Túneles y Cuevas (1989-1995) de Teotihuacan y Cañada del Río Bolaños (1982-1993) que se desarrolla, en cambio, en una región arqueológica marginal.

En el capítulo final "los dilemas de la arqueología mexicana" oscilarían entre la cooperación o la competición en la búsqueda del descubrimiento monumental y en el cometido interpretativo de la disciplina como ciencia. El "nudo gordiano parece estar en el concepto del pasado como monumento a la nacionalidad, concepto que aprisiona tanto a los arqueólogos como al poderoso Leviatán" (p. 278) que constituye el patrimonio enterrado.

El libro encontró una "cierta resistencia a su difusión" en México (Rodríguez García, 1996: 7). El escaso interés de los arqueólogos en ser analizados como "grupo sociocultural" no dejaba mucha alternativa a la estrategia de su autor de "cuantificar lo cualitativo" (p. 111). Puede que cualquier grupo profesional de ese u otro país, sometido a la antropología de la ciencia de Luis Vázquez, hubiera reaccionado de modo similar. Sea como fuere, ese escrutinio llevó aparejado un desvelamiento de identidades inusual en los estudios antropológicos.

En realidad, los actos de "secreto y evitación son del todo normales" en los grupos científicos (p. 188). Ponerlo en evidencia es una de las aportaciones del libro y el hecho de que el autor los experimente en carne propia no hace mas que reforzar su relevancia.

Pero esos actos también pueden estar informándonos acerca del propio contenido del *Leviatan* y, en concreto, del modo como desciende de la historia interna de la arqueología mexicana a su historia externa. El autor demuestra su manejo de los debates actuales en epistemología y sociología en los apéndices y capítulos iniciales y, frecuentemente, en amplias disgresiones en los restantes (por ejemplo, pp. 258-262). Probablemente su tratamiento en un capítulo introductorio específico hubiera evitado esta redacción que confunde "la motivación central de esta indagación:...comprender y explicar la especificidad del pensamiento arqueológico mexicano y su modo de responder al cambio conceptual y ontológico" (p. 5).

En mi opinión, el contraste entre esa situación y la bien articulada presentación de la vertiente antropológica del *Leviatan* recarga la descripción del caso mexicano de un personalismo que Vazquez rechaza explícitamente (p. 110). Sin duda, reforzaron esa lectura de la obra los comportamientos de envidia y maledicencia, tambien *normales* entre científicos (p. 188), y el hecho de que el estudio de casos nos resulte mas familiar a cualquier arqueólogo que el de sus correspondientes fundamentos epistemológicos y

sociológicos.

Sería de lamentar que las reacciones emocionales, previsibles, que el libro despierta desvirtuaran su interés como análisis de una problemática mucho mas amplia que la mexicana: la interconexión entre la estructura social y cognitiva de una tradición científica y la administración pública del país donde se pone en práctica.

A ese respecto, algunos argumentos específicos para la consulta del Leviatán por los lectores españoles son la conexión entre la concepción patrimonialista de la arqueología española y mexicana y el paralelismo del enfoque teórico-metodológico que las guía. Sobre ese trasfondo común, las notorias diferencias en la utilización política del patrimonio arqueológico en cada país pueden ayudar a valorar en su justa dimensión los sesgos nacionalistas que se han querido ver en la arqueología española tras las transferencias de las competencias en cultura a las diecisiete comunidades autónomas (contra Martínez Navarrete, 1998: 334-336). Las implicaciones que una y otra política arqueológica tienen en el protagonismo de las diversas instituciones y en la atención prestada por las respectivas autoridades nacionales a la presentación del pasado al público dan lugar a contrastes muy expresivos también. En líneas generales, el patrocinio de la universidad española sobre el patrimonio arqueológico -asumido tradicionalmente por la administración estatalfrente a la dependencia de la universidad mexicana respecto al INAH se corresponde con una difusión orientada en cada país a la publicación científica y a la conservación y reconstrucción de yacimientos. Esta última estrategia y otras de carácter preventivo son el reto que la administración, descentralizada desde mediados de los ochenta, planteará a la Universidad (Querol y Martínez Díaz, 1996).

La aparición de un incipiente paralelismo entre la política arqueológica de las instituciones estatales españolas y mexicanas a partir de la democratización de nuestro país (Querol y Martínez Díaz, 1996) remite a la reflexión de fondo de Luis Vázquez: ¿a quien pertenece el pasado? El autor pone en evidencia la falsedad de identificar el uso patrimonialista del pasado con su «uso público» y de asimilar este último con los fines que los administradores estatales reservan al patrimonio arqueológico (Prefacio, p. 3). Afirmaciones como «el patrimonio pertenece a la sociedad» o «al pueblo español» o mexicano ocultan la mediación de instituciones y leyes específicas que, por motivos científicos, nacionales o de competencia académica, en realidad, lo mantienen en muy pocas manos.

En efecto, desde hace una década se vienen desvelando los conflictos en sociedades multiculturales y multiétnicas entre "lo público" y sectores sociales que reclaman la reinhumación de ancestros arqueológicos o conceptualizan "las zonas arqueológicas...como lugares sagrados, recursos turísticos, etnogénesis míticas o meras apropiaciones campesinas en litigio" (pp. 98-99; Layton (ed.), 1989). En el caso de España sólo recientemente algunas excavaciones en cementerios musulmanes y judíos han despertado ese tipo de sen-

timiento de *expropiación*. Mas habitual es la decepción ante el poco eco que el interés local por el pasado suele encontrar en las instituciones. Los conflictos surgen, mas bien, entre la administración arqueológica y los particulares que se sienten perjudicados en sus intereses económicos, en su afan coleccionista o que se ven inmersos en las disputas por simple desconocimiento de la trascendencia de los vestigios.

En cualquier caso, unas situaciones y otras ponen de manifiesto la contradicción de ocuparse del ingente patrimonio arqueológico "mediante una organización social de la ciencia con...resabios cortesanos y patrimonialistas" (Prefacio, p. 1). Frente a esa paradoja, Luis Vázquez reivindica "una nueva actitud abierta de los arqueólogos para negociar su objeto de estudio con otros actores sociales" (p. 99). Pienso que ese programa no sólo beneficiaría al conocimiento del pasado. Reduciría, además, ese otro Leviatan de los administradores de las cosas antiguas y de sus tributarios arqueólogos cuyas colosales dimensiones su libro ha ayudado a desvelar.

LAYTON, R. (ed.)(1989): Conflict in the archaeology of living traditions. OWA, 8. Routledge. London.

MARTÍNEZ NAVARRETE, M. al. (1998): "The development of Spanish archaeology in the 20th century". En Jacek Lech (ed.): "Archaeology in the 20th Century. Ideas - People - Research". Archaeologia Polona, 35-36. 1997-1998: 319-342.

QUEROL, M.ªA. y MARTÍNEZ DÍAZ, B. (1996): La gestión del patrimonio arqueológico en España. Alianza. Madrid.

RAO, N. (1995): "Politics and the World Archaeological Congress [-3]". *Trabajos de Prehistoria*, 52(1): 5-11. RODRÍGUEZ GARCIA, I. (1996): «El presagio de un prestigio: un año de *Actualidades Arqueológicas*». *Actualidades Arqueológicas*. *Revista de Estudiantes de Arqueología en México*, 8: 5-7.

# M.aI. Martínez Navarrete

Dpto. de Prehistoria. Instituto de Historia. CSIC. Serrano, 13. 28001 Madrid. Correo electrónico: imartinez@ceh.csic.es

ROSA CAMPILLO GARRIGÓS: La gestión y el gestor del patrimonio cultural. Editorial KR. Murcia, 1998. 328 páginas. ISBN: 84-88551-38-X.

Posiblemente esta obra sea la primera tesis doctoral leída en España sobre gestión del patrimonio histórico, motivo por el cual merece ser felicitada la autora. No es poco mérito romper fórmulas tradicionales e introducir temáticas tan nuevas como necesarias.

Sin embargo, este buen principio no aparece secundado por otras características que, a mi juicio, explotaran más eficazmente su novedad. Me refiero especialmente a la desconexión entre el marco del trabajo y la realidad, tanto estatal como internacional. El libro se configura básicamente como una recopilación de reflexiones y

consejos, extraídos fundamentalmente de autores extranjeros y documentos internacionales, sobre el modo ideal en que debería gestionarse el patrimonio histórico y cultural. En este marco, la situación actual se reduce a unas referencias extremadamente vagas, casi siempre en tonos negativos; tampoco se analiza la situación de quienes se dedican a la gestión de este patrimonio, que simplemente —es de suponer— aparecen englobados entre los reacios a la adopción de los nuevos enfoques preconizados por la autora. Esta ausencia de conexión con la realidad es tanto más chocante cuanto que el propósito del trabajo es incidir directamente sobre ella, intentando cambiar unas supuestas tendencias actuales que desconoce, o prefiere ignorar.

Esta óptica idealista resulta esencial para comprender la significación del libro. Pero antes de entrar en ello, quiero hacer una anotación sobre su propuesta de denominación al patrimonio histórico, como «patrimonio histórico cultural», botón de muestra del trasfondo ideológico de este libro.

El uso redundante de estos dos epítetos (todo hecho histórico lo es igualmente cultural) lo justifica en el desconcierto provocado por la amplitud semántica del término «cultural»; ante tanta dispersión prefiere seleccionar exclusivamente tras el concepto de patrimonio histórico cultural aquellos "bienes que han dejado huella en la historia, esos que no han seguido el destino de lo irrelevante y han marcado a los pueblos con rasgos propios" (p. 39). Es decir, una vuelta a una historia de España del tipo "Sagunto, Cádiz, Numancia, Zaragoza y San Marcial", justamente lo que pretendía erradicarse con amplias definiciones sobre qué constituye nuestra herencia del pasado. A estos conceptos no se ha llegado como producto de la falta de orientación o del atraso, como sugiere la autora, sino que, antes bien, responden a deliberadas visiones de nuestro entorno más abiertas y plurales, que reaccionan contra el dirigismo oculto bajo intentos de "poner orden y marcar rumbos", como el abanderado por el libro que comento.

Al recoger, para armar su propuesta, criterios sacados de otros campos de la gestión empresarial, R. Campillo ha captado perfectamente lo esencial del recetario neoliberal, para aplicarlo a la gestión del patrimonio histórico. Es justamente en esta virtualidad donde reside mi interés por el libro.

La tesis básica mantenida con insistencia en la obra es que la gestión del patrimonio histórico debe abrirse a nuevos modos, cuya característica esencial es la conversión de la masa de bienes integrantes del patrimonio histórico en productos culturales destinados al consumo social.

Hay muchas personas a quienes esta mercantilización de los bienes culturales nos horripila, no porque consideremos el patrimonio histórico como un mundo sacrosanto que no deba contaminarse al contacto con la economía, sino porque el sometimiento de cualquier otra consideración al vector económico, característica del neoliberal *pensamiento único*, nos resulta un reduccionismo nocivo para la finalidad social que debe perseguir la valorización de esa masa patrimonial.

Contrariamente a la idea tan difundida hoy día, la

teoría de mercado no se acopla a la poliédrica realidad del mundo de los bienes culturales. La adaptación entre ambos propugnada sólo cabe hacerla mediante la simplificación de los bienes pertenecientes al patrimonio histórico para convertirlos de recursos en productos aptos para el consumo. En este proceso, lo primero en perder significación es el valor educativo (término desgraciada, pero significativamente, poco frecuente en el libro), como testimonio de un itinerario social con sus luces, sombras y contradicciones. Esta consideración del bien cultural, como testimonio que incorpora una referencia a la cultura, que posibilita el enriquecimiento de la capacidad intelectual de las personas, es precisamente el bien público tutelado por el derecho.

Suele argumentarse que ambas concepciones de los bienes culturales (la educativa y la económica) no sólo no son contradictorias, sino que deben ser complementarias. En teoría está muy bien, pero en la práctica resultan no ser tan amigables. La experiencia de los gabinetes pedagógicos de bellas artes de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía demuestra que efectivamente no es tan fácil. Ante la multiplicación por cinco del número de escolares que visitan actualmente museos o catedrales, tras los trece años de trabajo de estos gabinetes, algunos responsables de estos monumentos han intentado limitar la afluencia de menores (o confinarla en la franja horaria del mediodía) aduciendo que estorban a los turistas, principales receptores del consumo cultural. Otro ejemplo: hoy día se gastan considerables sumas de dinero en montar exposiciones, que gozan de un éxito de público sin precedentes, pero sólo ocasionalmente en el montaje de estos eventos se integran educadores y pedagogos para elaborar el material didáctico necesario para optimizar su aprovechamiento educativo infantil. En fin, podría seguirse y no parar, pero lo expuesto es suficiente como muestra. Si la autora de este libro hubiese descendido al análisis de la realidad, habría comprobado que se precisan algo más que píos y buenos propósitos para enmendar los problemas que presenta la gestión de nuestro patrimonio histórico.

# Ignacio Rodríguez Temiño

Dirección General de Bienes Culturales. Junta de Andalucía. C/ Levíes, 27. 41071 Sevilla. Tfno. 914.555510.

IMÁGENES DE LOS ORÍGENES DE LA HUMANI-DAD: TEORÍAS E IMAGINARIO SOCIAL IMAGES ON HUMAN ORIGINS: THEORIES AND SOCIAL IMAGINARY

STEPHANIE MOSER: Ancestral images: the iconography of human origins. Cornell University Press. Stroud Sutton. 1998, xxiv + 200 pp. 10 láms. color, 103 ils. blanco y negro. ISBN: 0-7509-1178-9. WIKTOR STOCZKOWSKI: Anthropologie naïve anthropologie savante. De l'origine de l'homme, de

l'imagination et des idées reçues. CNRS. París. 1994. 242 pp. 20 ils. ISBN: 2-271-051159-2.

MELÂNIE G. WIBER: Erect men. Undulating women: the visual imagery of gender, race and "progress" in reconstructive illustration of human evolution. Wilfried Laurier University Press. Waterloo, 1997, vii + 290 pp., 16 figs. ISBN: 0-88920-274-5.

Estos tres libros tratan de ahondar en porqué se explica como se explica el origen de la humanidad en nuestros días, porqué han llegado a darse y a consolidarse un tipo de explicaciones y cómo se representan visualmente. Por lo tanto la doble vertiente gráfica y textual, el mundo de las teorías y las imágenes se encuentran indisolublemente ligados.

Quizá lo que podemos leer entre líneas es que la mirada con la que nos acercamos a los textos arqueológicos en general y a estos tres en concreto puede estar algo distorsionada por nuestras propias preconcepciones. Pensar en las imágenes sugiere imaginación, licencia poética de los autores/artistas versus las teorías, los textos, la verdad objetiva. Sin embargo vemos a través de estas lecturas como el poso cultural que alimenta las imágenes no está ausente en el desarrollo de las teorías científicas que intentan y han intentado dar explicación al origen de la humanidad. Son manifestaciónes distintas de un mismo sentir, expresión de una época y un marco geográfico concreto. Las relaciones entre las imágenes y las teorías, y así mismo entre el saber popular o de sentido común -sería ésta una aproximación más que una traducción a lo que el autor denomina antropología inocente- y el saber científico son complejas y ambiguas resultando a menudo difícil trazar la línea de separación entre ellos, tal como Stoczkowski (1994) plantea desde las primeras líneas.

El libro más reciente, Moser (1998), quizá es el que más eco ha tenido. Ha sido recensionado por Chippindale (1999), Rupke (1999) y Kemp (1999). Sus planteamientos habían aparecido con anterioridad (Moser, 1992). Posteriormente han sido difundidos al gran público por Stringer y Gamble (1993), en el primer capítulo de su obra, al hacer referencia a los cambios en la forma de representar a los neandertales confrontando imágenes científicas y populares, algo realmente novedoso para el momento de su publicación. Merecía algún comentario por tanto. También el libro de Wiber (1997) ha tenido cierto reconocimiento al ser recensionado por Moser (1998). Si bien en el caso de Stoczkowski (1994), algo más antiguo, nos parecía justo hacernos eco de un libro interesante, algunas de cuyas ideas son compartidas por Moser (1998). Sin embargo pasó algo desapercibido, lo que podría explicarse en parte por el hecho de no estar publicado en inglés, sino en francés. Esto resulta coherente con la tendencia general de las revistas arqueológicas de mayor peso internacional que principalmente reseñan los textos escritos en lengua inglesa en detrimento de las producciones de países no anglófonos.

Por otro lado, dado que no abordan un tema de máximo interés dentro de las líneas de investigación arqueológica en España, nos pareció necesario dedi-

carles unas líneas al menos a modo de curiosidad ante la probable no traducción de los mismos al castellano, no siendo por tanto la diferencia cronológica entre ellos un obstáculo para incluirlos juntos.

En relación con los títulos, significativos en toda obra pues son la primera referencia sobre lo que puede contener, es en el de Moser (1998) donde encontramos una mayor coherencia entre el título y el texto: un estudio de la iconografía relativa a los orígenes de la humanidad. Si bien Stoczkowski (1994) en su planteamiento, que intenta analizar críticamente la ambigüedad de las relaciones entre el pensamiento popular y científico, nos introduce a su vez en el mundo de la imagen y no sólo de la palabra. Mientras que para Wiber (1997), que explícitamente se refiere a las ilustraciones, éstas constituyen más bien la excusa para extenderse sobre las teorías relativas a la evolución de la humanidad, resultando algo pobres las referencias visuales. Tanto el propio título del libro como los de los capítulos no son fiel reflejo del contenido, sino que pretenden captar la atención del lector. Así la cuestión de la posición erguida/curva no deja de ser anecdótica, sin ser en absoluto el hilo conductor (cfr. Wiber, 1994 y Gifford-González, 1993 quien trata este aspecto en profundidad). Stoczkowski nos ofrece una idea bastante clara de lo que abordará a lo largo de sus páginas: la dualidad entre el pensamiento "naïve" y "savante". Dos términos que reflejan la oposición que Ibáñez (1988: 33) plantea al definir la noción de representación social: En pocas palabras el conocimiento espontáneo, ingenuo (...) ese que habitualmente se denomina conocimiento de sentido común, o bien pensamiento natural, por oposición al pensamiento científico. Uno de sus mecanismos de funcionamiento es la objetivación esa proyección reificante que nos hace materializar en imágenes concretas lo que es puramente conceptual (Ibáñez, 1988: 48). El título también remite a la dualidad que Foucault (1991) estableció entre saber autorizado y no autorizado. La base sobre la que descansa el texto es esa ambigua, flexible y fluida relación entre los descubrimientos arqueológicos, las teorías y las representaciones sociales de los orígenes de la humanidad.

El campo de los estudios sobre discurso visual en arqueología está aún por desarrollar. El hecho de que algunos de estos trabajos pioneros se centren en la etapa más antigua de la humanidad ha sido otro de los factores que nos ha llevado a valorarlos conjuntamente. Ha habido otros estudios anteriores (Piggott, 1978; Cosgrove, 1989; Rudwick, 1992; Haskell, 1993; Smiles, 1994;) tal como recalca Chippindale (1999) restándole en cierto modo originalidad al trabajo de Moser. La propia Moser (1998a) echa en falta en la obra de Wiber (1997) la consideración de tales antecedentes. La singularidad radica, sin embargo, en la forma de abordar un mismo tema ofreciendo visiones abiertas y enriquecedoras para la investigación.

Podríamos haber incluido la obra de Molyneaux (1997) que se ocupa de las imágenes arqueológicas, donde aparecen sendos capítulos de Moser, junto con otros de Gamble, y Stoczkowski, pero dada la variedad

de temas que aborda nos pareció más interesante centrarnos en uno solo, los orígenes de la humanidad. Curiosamente es volviendo la mirada al pasado más remoto de donde han surgido replanteamientos novedosos y cuestionamientos de la disciplina desde la arqueología del género (Conkey, 1991; Dobres, 1992; Gifford-González, 1993, Hurcombe, 1997). Wiber (1997: 1) incide en la popularidad del tema, siendo tal vez esto lo que explique el interés de los distintos autores por el mismo.

Dos aspectos importantes a tener en cuenta son, por un lado, el hecho de que los tres autores se centren en las teorías e imágenes relativos al origen de la humanidad en occidente, lo que está relacionado con la estrecha vinculación entre la historiografía de la arqueología y la iconografía arqueológica. En este sentido no es de extrañar que estas dos aproximaciones a la disciplina hayan sido objeto de estudio por Stoczkowski (1993, 1994 y 1997). No podemos separar el estudio de las teorías interpretativas en arqueología de sus representaciones gráficas, por ello si la arqueología europea, occidental, tiene una historiografía y una terminología propias bastante diferentes de aquéllas de los contextos extraeuropeos como algunos estudios han puesto de manifiesto (Barnes 1990), un análisis de "otras" representaciones gráficas resultaría interesante y probablemente no coincidente con la tradición occidental, al menos totalmente (Gifford-González, 1993: 39-40).

Otro aspecto que merece la pena destacar relativo a la interrelación entre las disciplinas es la visión antropológica. Stoczkowski y Wiber están hablando en todo momento de teorías antropológicas en sus diferentes versiones popular y científica. En este contexto antropológico no podemos dejar de lado la dependencia teórica de la arqueología respecto a aquélla. Así pues la arqueología no podía ser ajena a su interés por la dimensión visual, aunque sea con cierto retraso, cuando ya hay una importante tradición de estudios de antropología visual.

El libro de Stoczkowski está estructurado en cinco capítulos. Cuenta con una breve introducción, si bien podemos considerar también como tal, a modo de planteamientos teóricos los capítulos uno y dos, siendo los capítulos tres y cuatro de análisis y el cinco las conclusiones. Resultan algo desequilibrados pues si casi todos ellos rondan las treinta páginas el capítulo tres con setenta resulta excesivamente largo al abordar distintos subtemas. Se trata no obstante de un libro breve que se lee con el mayor interés, con una prosa no exenta de ironía y un estilo que consciente del tema que aborda sabe conjugar los ejemplos "naïves" y "savantes" para resultar comprensible a un público amplio y no un mero ejercicio de erudición. En cuanto a las imágenes se echa de menos su intercalado en el texto, lo que daría más fuerza a su propio argumento: textos e ideas no pueden desligarse. Tal vez son escasas en número, sólo veinte, pero suficientemente representativas, teniendo en cuenta que no es la iconografía su objeto principal de estudio.

La obra de Wiber está dividida en diez capítulos.

Coincidimos con Moser (1998a) al considerar la muestra objeto de análisis algo limitada que, sin embargo, no presenta de forma sintética sino que resulta un texto tal vez demasiado extenso. En cuanto a las imágenes sorprendentemente pese a ser la imaginería visual su tema sólo son dieciséis, casi todas ellas muy recientes. Se echa de menos también su alternancia en el texto en vez de al final.

Moser articula el texto en seis capítulos más un prólogo y las conclusiones, ambos muy valiosos por su carácter sintético y sugerente, sin que el prologuista eclipse a la autora como parece sugerir Chippindale (1999). El hilo conductor es cronológico, aunque como señala Kemp (1999) confiriendo especial relevancia a dos hitos que marcaron notablemente la visión de los ancestros europeos: el Renacimiento con el descubrimiento de las razas exóticas y el impacto de las teorías evolucionistas. Es la obra que más profundiza en los orígenes de las imágenes prehistóricas remontándose a las visiones míticas clásicas para llegar hasta nuestros días mostrando el complejo tejido de elementos antiguos y nuevos que se integran, matizan o refuerzan unos a otros. Podría decirse que las imágenes funcionan como los mitos según la visión levistraussiana. Tanto Stoczkowski como Wiber dan importancia a este aspecto narrativo estereotipado de las teorías relativas a la evolución y sus ilustraciones. Este esquema lineal de Moser se amolda también a los planteamientos de Stoczkowski al situar según las distintas épocas el saber autorizado en forma de discurso textual y visual en un ámbito concreto: la mitología, la religión, la historia, la ciencia o la cultura popular como crisol de todo lo anterior en la sociedad contemporánea. Respecto a las imágenes a pesar de que Chippindale (1999) considera que el número de imágenes es reducido, en nuestra opinión son las suficientes, ciento trece, para poder seguir con gusto la lectura. Por otro lado, está bastante equilibrada la extensión del texto y el número de imágenes, pues incluir más habría aumentado considerablemente las dimensiones de la obra y como el propio Chippindale (1999) reconoce también su precio. Es precisamente su brevedad y concisión lo que hace su lectura más atractiva. En este caso al contrario que en la obra de Wiber son más escasas las imágenes recientes debido al elevado coste y dificultades para reproducir imágenes protegidas por el copyright, problemática a la que se enfrentaron ambas autoras.

A pesar de las diferencias, dos de los temas más interesantes que abordan Moser y Wiber en cierto modo el punto de partida y de llegada son compartidos por ambas dedicándoles sendos capítulos: las constricciones que las convenciones artísticas imponen a las imágenes científicas y la popularización de las imágenes prehistóricas. Podríamos considerar dos formas de aproximarse a la iconografía prehistórica, mientras que Moser opta por una prospección en vertical, buscando las raíces de la iconografía de la humanidad prehistórica dando respuesta a la pregunta ¿De dónde surgen estos motivos y elementos gráficos? Wiber parece realizar una prospección en horizontal lo que le lleva a moverse por

diferentes disciplinas, antropología, historia del arte, teorías feministas, estudios de cultura material, popular y de masas etc. para comprender por qué se representa así a a los primeros seres humanos, por qué las mujeres se muestran de este modo y por qué desempeña la otredad el papel que se refleja en la línea evolutiva. Kemp (1999) recalca la ausencia en la obra de Moser de una variable más al estudiar las imágenes de la humanidad prehistórica: la influencia de los estudios fisiognómicos de fines del siglo XIX y la lectura moral que se hacía de las ilustraciones. Tampoco Wiber la tiene en cuenta pese abordar la dimensión moral relativa a las ideas de género, raza y progreso implícita en las imágenes.

Un aspecto distintivo del tratamiento de Wiber respecto a los otros dos autores es el dinamismo. Wiber sigue un enfoque postmoderno, deconstructivista que no comparten Moser, como también señala Kemp (1999), ni Stoczkowski. Mientras su visión enfatiza el proceso de construcción y deconstrucción al que estas imágenes están sometidas enfatizando la posibilidad de ofrecer mensajes alternativos una vez que se conozcan claramente los que las imágenes actuales dejan entrever, consciente de su rápida difusión y globalidad. Moser y Stoczkowski ofrecen una visión más estática. Sin negar la posibilidad de cambios, muestran una serie de elementos que desde antiguas tradiciones se han ido perpetuando con pequeñas variaciones, o movimientos pendulares en su significado, lo que ha facilitado su asimilación y difusión sin dar importancia al proceso continuo, activo de creación que pueden sufrir tales imágenes en función de múltiples factores contextuales: público, ciencia, soportes, ideologías etc. Sin embargo, no podemos considerar estas imágenes el resultado inevitable de una línea evolutiva.

Un problema que los tres autores destacan es la excesiva simplificación del texto y la imagen –centrándose en las imágenes bidimensionales (sobre dioramas cfr. Moser 1998b)— en la divulgación al pasarse como dice Wiber (1997: 236), de la conjetura científica al discurso narrativo. La imagen no es un elemento pasivo fiel reflejo de una teoría sino que ella misma es teoría (Moser, 1992: 831; Van Reybrouck, (1998: 63) y tiene un activo papel al cubrir lagunas que el texto y los datos dejan (Kemp, 1999).

Wiber (1997: 236) da importancia a algo que ya señalaba en mi Tesis de Licenciatura inédita Las dimensiones del Neolítico. Un análisis crítico del discrurso arqueológico. UCM, 1998: la circularidad del conocimiento. Plantea cómo los gustos, intereses y expectativas del público revierten en la divulgación. En su último capítulo sobre la mercantilización (en relación con las imágenes mercantilizadas, las ideas de género, progreso y raza implícitas y el papel que desempeña el turismo en su difusión cfr. Morgan y Pritchard, 1998) de las imágenes relativas a la evolución humana aborda toda una serie de factores que afectan a la ilustración, motivaciones de editores, ilustradores y autores. Plantea toda una serie de problemas que son ya un hecho como la dinámica de populari-

zación y todos los mecanismos que despliega (Wiber, 1997: 218). Un ejemplo paradigmático en España sería Atapuerca en el contexto de los orígenes de la humanidad.

En cierto modo la autora ofrece un amplio abanico de líneas de investigación a desarrollar más que un estudio de caso cerrado. Se mueve en un terreno interactivo, realizando entrevistas a investigadores, artistas y editores y encuestas para conocer cómo el público, los estudiantes en concreto, interpreta hoy las imágenes.

- BARNES, G.L. (1990): "The "idea of prehistory" in Japan". *Antiquity*, 64: 929-940.
- CHIPPINDALE, C. (1999): "Stephanie Moser. Ancestral images: the iconography of human origins". Antiquity, 73: 481-482.
- CONKEY, M. (1991): "Original narratives. The political economy of gender in archaeology". En M. di Leonardo (ed.): Gender at the crossroads of knowledge: feminist anthropology in the post modern era. University of California Press. Berkeley: 102-139
- COSGROVE, D. y DANIELS, S. (1989): *The iconogra-phy of landscape*. Cambridge University Press. Cambridge.
- DOBRES, M-A.(1992): "Re-presentations of palaeolithic visual imagery: simulacra and their alternatives". Kroeber Anthropological Society Papers, 73-74: 1-25.
- FOUCAULT, M. (1991): Saber y verdad. Ediciones la piqueta. Madrid.
- GIFFORD-GONZÁLEZ, D. (1993): "You can hide, but you can't run: representations of women's work in illustrations of palaeolithic". Visual Anthropology Review, 9(1): 23-41.
- GAMBLE, C. (1998): "Foreword". En S. Moser (ed.): Ancestral images. The iconography of human origins. Cornell University Press. Sutton: IX-XXXIV.
- HASKELL, F. (1993): History and its images. Art and the interpretations of the past. Yale University Press. New Haven.
- HURCOMBE, L. (1997): "A viable past in the pictorial present?". En J. Moore y E. Scott (eds.): *Invisible people and processes. Writing gender and childhood into European archaeology*. Leicester University Pres. Londres: 15-24.
- IBÁÑEZ GRACIA, T. (1988): *Ideologías de la vida co-tidiana*. Sendai. Barcelona.
- KEMP, M. (1999): "How hairy was Esau?". *The Times Literary Supplement*, 5031, 3 Septiembre: 21.
- MOLYNEAUX, B. (1997): The cultural life of images. Routledge. Londres.
- MORGAN, N. y PRITCHARD, A. (1998): *Tourism, promotion and power. Creating images, creating identities.* John Willey and sons. Chichester.
- MOSER, S. (1992): "The visual language of archaeology: a case study of neanderthals". *Antiquity*, 66: 831-844.
- (1998a): "Melanie. C. Wiber. Erect men. Undulating women: the visual imagery of gender, "race" and progress in reconstructive illustrations of human evolution". Antiquity, 72: 718.

- (1998b): "The dilemma of didactic displays. Habitat dioramas, life groups and reconstructions of the past". En N. Merriman (ed.): *Making early histories in museums*. Cassell. Londres.

- MOSER, S. y GAMBLE, C. (1997): "Revolutionary images: the iconic vocabulary for representing human antiquity". En B. Molineaux (ed.): *The cultural life of images*. Routledge. Londres: 184-212.
- PIGGOTT, S. (1978): Antiquity depicted. Aspects of archaeological illustration. Thames and Hudson. Londres
- RUDWICK, M. (1992): Scenes from deep time: early pictorial representations of the prehistoric world. University of Chicago Press. Chicago.
- RUPKE, N.A. (1998): "Ancestral images: the human iconography of human origins". *Nature*, 496: 639.
- SMILES, S. (1994): *The image of antiquity*. Yale University Press. New Haven (ct.).
- STOCZKOWSKI (1993): "La Préhistoire: les origines du concept". *Bulletin de la Societé Préhistorique Française*, 90(1): 13-21.
- (1997): "The painter and prehistoric people: a "hypothesis on canvas". En B. Molyneaux (ed.): The cultural life of images. Routledge. Londres: 249-262.
- STRINGER, C. y GAMBLE, C. (1993): "Who were the neanderthals". En C. Stringer y C. Gamble (eds.): *In search of the neanderthals: solving the puzzle of human origins.* Thames and Hudson. Londres: 12-38.
- VAN REYBROUCK, D. (1998): "Imaging and imagining the neanderthal: the role of technical drawings in archaeology". *Antiquity*, 72: 56-64.
- chaeology". Antiquity, 72: 56-64.
  WIBER, M.G. (1994): "Undulating women and erect men: visual imagery of gender and progress in illustration of human evolution". Visual Anthropology, 7: 1-20

#### Ana M.ª Mansilla Castaño

Dpto. Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. Avda. Ciudad Universitaria s/n. 28040 Madrid.

STEVEN MITHEN: Arqueología de la mente. Orígenes del arte, de la religión y de la ciencia. Colección Drakontos, Editorial Crítica, Barcelona, 1998. 333 pp., 36 figs., 16 recuadros. ISBN: 84-7423-903-6. Traducción castellana del original en inglés *The prehistory of the mind. A search for the origins of art, religion and science*. Thames and Hudson. Londres, 1996.

La denominada arqueología cognitiva (Renfrew, 1994) ha experimentado un auge notable en la última década. Dicha corriente parte de una idea básica: que la mente es un aspecto fundamental en la comprensión del comportamiento humano. Esto atañe, entre otras disciplinas, a la arqueología, pese al reto metodológico que supone para ella. La arqueología cognitiva tiene dos campos de aplicación (Renfrew, 1994: 5). Uno es la mente moderna (la de *Homo sapiens sapiens*) y sus

diversas manifestaciones en diferentes contextos; el otro es la emergencia de dicha mente moderna a partir de las de sus antepasados en la escala evolutiva. El libro que aquí se comenta es un ejemplo de este segundo aspecto. Su autor, Steven Mithen, acreditado paleolitista, es una clara muestra de la "conversión" al cognitivismo, como se advierte en la "Introducción", de no pocos arqueólogos procesuales, entre ellos Colin Renfrew (1994), tradicionalmente reacios a la consideración explícita de lo mental en virtud de su vinculación al funcionalismo y, más genéricamente, al materialismo. Hay que destacar, asimismo, la aparición prácticamente simultánea del libro del psicólogo William Noble y del arqueólogo Ian Davidson (1996), alusivo al mismo tema, aunque con diferencias de planteamiento, como hacen notar los autores de sendas obras en recíprocos comentarios (VV.AA., 1997). La dedicación de la arqueología a este tema ha sido tardía en comparación con otras disciplinas, como la psicología. Sin embargo, su incorporación no puede considerarse gratuita, pues aporta un tipo de evidencia, el registro arqueológico, que se refiere de forma directa al comportamiento y, por tanto, a la mente de las especies estudiadas.

Hay que resaltar la rápida traducción del inglés al castellano, de mano de María Eugenia Aubet, con apenas dos años de diferencia entre ambas ediciones, lo cual hace que la española no pierda apenas actualidad. A mi entender habría sido más correcto mantener en el título el término prehistoria en lugar de cambiarlo por el de arqueología, ya que el primero se ajusta mejor al tema del libro que el segundo, más apropiado para hacer alusión a la arqueología cognitiva en general, sobre todo a sus aspectos metodológicos. El libro tiene carácter tanto divulgativo como académico-científico. La publicación en la serie "Drakontos" de la editorial Crítica es muestra del primero, al estar dedicada dicha serie a temas del saber en general. Su carácter científico se advierte en la amplia bibliografía y en la nutrida sección de notas que refuerzan, amplían o matizan las afirmaciones vertidas en él.

El libro se organiza en once capítulos y un epílogo. El primero ("Introducción") plantea el tema del libro y cómo la arqueología puede contribuir a su estudio. El segundo, claramente dedicado al público no especializado, hace una ingeniosa sinopsis arqueológica y paleontológica del largo período a considerar mediante una metáfora dramatúrgica, en la que divide el recorrido en actos y escenas y designa actores (las diferentes especies de homínidos). En el capítulo 3 se hace una exposición de los modelos de la mente moderna. A partir de aquí entramos en el meollo del libro, esto es, en cómo se fue gestando la mente moderna. Mithen plantea un modelo teórico (capítulo 4) en tres fases, el cual ilustra en los capítulos siguientes (capítulos 5 a 10) con cuatro ejemplos sucesivos, relativos a sendas especies o grupos de especies. El capítulo 11 es una recapitulación sobre lo expuesto en la que se incluye la evolución de la mente humana dentro de un modelo más amplio sobre la evolución de la mente de los primates. La estructura del libro plantea, por tanto, dos cuestiones básicas íntimamente relacionadas: una central, la evolución de la mente humana, y otra de referencia, cómo está configurada ésta.

La primera cuestión remite, cómo no, al campo de la psicología y disciplinas afines. Existen dos modelos básicos respecto a la configuración de la mente en su faceta cognitiva, los cuales Mithen sintetiza con toda claridad: la inteligencia generalizada y la inteligencia especializada. Según el primero, la mente no tiene una estructura predeterminada, sino que la adquiere a través de la experiencia. Según el segundo modelo, la mente se organiza de forma innata en módulos funcionalmente especializados. Cada modelo lleva implícita una antropología. El modelo de la inteligencia generalizada se vincularía a aquéllas que hacen hincapié en los factores externos en la modelación del comportamiento humano, tanto desde un enfoque materialista (ambientalismo) como idealista (culturalismo). El modelo de las inteligencias especializadas partiría de aquellas concepciones que consideran que el comportamiento humano viene en gran medida determinado de forma innata. Mithen adopta una postura intermedia, según la cual la mente humana tendría diversos módulos especializados en funciones cognitivas concretas y, a la vez, una inteligencia generalizada que permitiría combinar estos conocimientos de forma creativa. Propone cuatro módulos o capacidades innatas para la mente humana, formados a instancias del carácter cazador-recolector que las sociedades humanas han mantenido durante la mayor parte de su historia. Uno estaría dirigido a la fabricación y manipulación de objetos (inteligencia técnica). Para este aspecto se basa, en gran medida, en los trabajos de Thomas Wynn. Un segundo módulo se orientaría al reconocimiento y conceptualización de los seres vivos (inteligencia de la historia natural). Un tercero, a la comprensión de los demás y a las relaciones con ellos (inteligencia social). El cuarto módulo sería el del lenguaje.

En cuanto a la segunda cuestión, la evolución de la mente, Mithen expone su modelo teórico a dos niveles: general y concreto. A nivel general, mantiene que en la evolución de la mente se da una oscilación entre las mentalidades generalizadas y las especializadas. A un nivel más concreto, alusivo a la mente humana y la de sus antecesores más próximos, sugiere un modelo en tres etapas, el cual expresa mediante una metáfora arquitectónica, en la que equipara la mente a una catedral formada por módulos o capillas. En una primera etapa, la mente tendría una estructura meramente generalizada; en la segunda, se añadirían una serie de módulos, incomunicados entre sí; en la tercera, correspondiente a la mente moderna, se establecería la comunicación entre los módulos y su compenetración por medio dela inteligencia generalizada. Sustenta este modelo evolutivo mediante el estudio detallado de cuatro categorías de homínidos: 1) el antropomorfo ancestral o antepasado común del ser humano y el chimpancé; 2) los primeros *Homo* (habilis, ergaster y rudolfensis); 3) Homo primitivo (erectus y neanderthalensis); 4) Homo moderno (sapiens sapiens). Dicho

proceso entrañaría en principio (de la fase 1 a la 2) una modificación creciente, que comenzaría por la inteligencia social en el antropomorfo ancestral, continuaría con la emergencia de los otros módulos en *Homo habilis* y culminaría con una modularización total en *Homo erectus y Homo neanderthalensis*. A *dicha modularización sucedería (fase 3), ya en Homo sapiens sapiens*, un renovado protagonismo de la inteligencia generalizada, la cual articularía los diversos módulos. Dicha articulación se basaría en el lenguaje, en origen exclusivamente ligado a la inteligencia social y, ahora, plurifuncional. Según esto, la mente del *Homo* moderno sería, al contrario que la de *erectus* y *neanderthalensis*, creativa y plástica.

El autor recurre a diversas fuentes de información. La información arqueológica es utilizada mayoritariamente para los módulos técnico y de la historia natural, mientras que para el social y el lingüístico recurre más a trabajos de paleontología y etología. Esta segunda línea se advierte de forma particularmente acusada en el capítulo dedicado al antropomorfo ancestral, en el que Mithen echa mano de la analogía etológica de forma absoluta, debido a la ausencia de registro arqueológico y paleontológico. Para ello utiliza como referencia el comportamiento de otra especie, el chimpancé.

El libro está bien escrito y construido, lo cual contribuye enormemente a que el modelo que propone Mithen resulte plausible. Sin embargo, es un modelo más entre otros, elaborado además de manera "advenediza" por un investigador cuyo interés explícito por las cuestiones es reciente. Para empezar, establece una estrecha correlación entre especie biológica y comportamiento, entre rasgos somáticos y psíquicos, la cual algunos investigadores no comparten (Lindly y Clark, 1990). El argumento básico esgrimido en contra de esta postura biologicista es que las manifestaciones materiales propias de la mente humana moderna (arte, ritual, etc.) aparecen muy posteriormente a la especie Homo sapiens. Otra cuestión es la relativa al modelo psíquico en sí. Que la mente humana está de algún modo jerarquizada es algo que sólo se le ocurriría negar al relativista más recalcitrante. Pero, ¿está estructurada como Mithen mantiene? Algunos de los módulos que propone le vienen en gran medida inspirados por su formación de paleolitista y estudioso de las sociedades cazadoras-recolectoras y difieren en mucho de otros más básicos o "abstractos", formulados por psicólogos, como el modelo de las inteligencias múltiples de Howard Gardner, al que el mismo Mithen cita (pp. 46-48). Por ejemplo, en relación a la inteligencia técnica, existen dudas razonables en torno a la idea de que los Homo primitivos posean una propensión innata hacia la fabricación de útiles altamente estandarizados. Es lo que Davidson y Noble (1993: 365) denominan "falacia del instrumento acabado". Más compleja resulta la cuestión del lenguaje y sus orígenes (ver, por ejemplo, VV.AA., 1998), sobre todo si tenemos en cuenta la gran atención que ha recibido a lo largo de la historia del pensamiento occidental. En la actualidad, existe un acuerdo casi generalizado en que el lenguaje es una función psíquica altamente compleja, que requiere mecanismos innatos para su adquisición. Las diferencias se advierten a la hora de determinar su origen, temprano y gradual según Mithen, tardío y relativamente repentino según Davidson y Noble. Argumentan éstos últimos que el lenguaje es una forma muy compleja y diferenciada de comunicación, exclusiva de *Homo sapiens sapiens*, y en nada equiparable las utilizadas por el resto de los organismos.

En conclusión, pese a la polémica que pueda suscitar (lo cual es más una virtud que un defecto), es un libro interesante, atractivo y muy bien construido y documentado, que transporta el estudio de la evolución humana y el Paleolítico a un campo nuevo y refrescante y que hace de la arqueología cognitiva algo más que una mera declaración de intenciones.

- DAVIDSON, I. y NOBLE, W. (1993): "Tools and language in human evolution". En K.R. Gibson y T. Ingold, (eds.): Tools, language and cognition in human evolution. Cambridge University Press. Cambridge: 363-388
- LINDLY, J.M. y CLARK, G.A. (1990): "Symbolism and modern human origins". *Current Anthropology*, 31 (3): 233-261.
- NOBLE, W. y DAVIDSON, I. (1996): Human evolution, language, and mind: a psychological and archaeological inquiry. Cambridge. Cambridge University Press.
- RENFREW, C. (1994): "Towards a cognitive archaeology". En C. Renfrew y E.B.W. Zubrow (eds.): *The ancient mind. Elements of cognitive archaeology*. Cambridge University Press. Cambridge.
- VV.AA. (1997): "The evolving mind". Cambridge Archaeological Journal, 7 (2): 269-286.
- VV.AA. (1998): "The origins of speech". Cambridge Archaeological Journal, 8 (1): 69-94.

#### Antonio Uriarte

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. Correo electrónico: uriarte@ceh. csic.es.

CLAUDINE COHEN: L'homme des origines. Savoirs et fictions en préhistoire. "Science ouverte", Seuil. Paris. 1999, 314 pp. ISBN: 2-02-025982-6.

Como parte de la colección "Science ouverte", este libro se destina a "todos los que se interesan por los orígenes del hombre" y brinda "los medios para comprender mejor los debates contemporáneos que se dan en el campo de la paleontología humana y de la prehistoria recurriendo, asimismo, al marco general de la historia de las ciencias de la vida, de la Tierra y del hombre". En tal sentido, esta obra se puede incluir en una doble tradición: por un lado, la inaugurada por Martin J.S. Rudwick (1987) con su ya clásico libro El significado de los fósiles. La conexión, en este caso,

estaría dada por la idea de tomar una serie de episodios de la historia de las ciencias, que a la manera de pequeñas historias que se abren y se cierran, sirven asimismo como elementos indiciarios para entender la consolidación y el abandono de determinadas ideas. Por otro lado, se puede relacionar también con la obra de Stephen Jay Gould (1981), quien toma a la historia de las ciencias para desarmar mitos científicos que actuaron o actúan no sólo en el extramuros sino también dentro de los confines académicos. Ambas tradiciones apuntan a un público amplio e incluyen tanto al lector no educado en la práctica científica como a los científicos mismos: conociendo los lenguajes y los debates desde el seno mismo de las ciencias, adoptan -a través del relato histórico- un modelo de relato corto que ilustra la estrecha relación entre las ideas y la sociedad que las produce y recibe. En el caso del libro que aquí nos ocupa, el recorrido de cada capítulo excede a los episodios que disparan el relato para llegar a una idea vigente en la sociedad contemporánea: de esta manera la función del suceso del pasado como espejo crítico del presente se hace evidente.

Claudine Cohen destaca, por su parte, su inscripción en este movimiento de crítica interna a los saberes académicos de las ciencias: Les deux dernières décennies se sont aussi caracterisées par un important mouvement de réflexion critique veu des scientifiques eux-mêmes. Paléoanthropologues et préhistoriens ont exploré l'histoire de leurs disciplines afin d'en mieux comprendre les implications présentes, ils ont repensé leurs présupposés et les fondements idéologiques de leurs propres discours; ils ont mis au jour l'impact des cadres sociaux et politiques sur leurs recherches. Ils ont dénoncé la pauvreté de leur récits, traversés de schèmes répétitifs et d'idées reçues, et ont pris conscience du rôle nécessaire de la fiction dans la construction de leur savoirs (p. 18). El pasado, el origen del hombre, la vida cotidiana en la prehistoria, temas tan caros a las reconstrucciones y que han dado lugar a representaciones tan diversas en el imaginario público, son un campo propicio para esta crítica. Quiero destacar, que uno de los méritos del libro de Claudine Cohen consiste en no separar el imaginario científico de las ficciones públicas. Sin embargo, tampoco cae en la simplificación de igualarlos: los saberes están cargados de ficciones pero no es lo mismo consumirlas, producirlas para el gran público que lograr consenso dentro de un campo profesional para que tal idea sea aceptada.

La obra está estructurada en tres partes: "Les mythes du premier homme", "L'invention des races humaines" y "Les fictions de la Préhistoire", unidas por las idées reçues de Gustave Flaubert. Actuando como leitmotiv de toda la obra, las citas del imaginado diccionario de ideas conducen al capítulo final—claro que pasando por Víctor Hugo—donde Bouvard y Pécuchet, condensan el recorrido del libro. Esta mirada flaubertiana sobre las prácticas de las ciencias de la tierra es otro de los puntos más sobresalientes: la crítica de Flaubert a su propio siglo incluía al entronamiento de las ciencias en la vida cotidiana como

parte de ese mundo de ilusiones tejido por la sociedad burguesa. Las ciencias de la tierra, surgidas en siglos anteriores fueron efectivamente "hechas una novela" hacia fines de la primera década del siglo XIX.

La primera de las partes incluye una presentación de las tesis diluvista como marco de referencia para entender la emergencia de la idea del "hombre fósil". Aceptado como "hombre antidiluviano", es en los finales del siglo que la idea de "hombre prehistórico" dará lugar a las controversias sobre el lugar del hombre en la naturaleza, la búsqueda de orígenes y parentescos y del rasgo específicamente humano que hubiese permitido detectar materialmente el privilegio particular de nuestra especie. El capítulo "Sexe et erotisme dans la préhistoire" introduce las interpretaciones del "arte prehistórico" como un campo particularmente proclive à las ideas provenientes de saberes diversos. Claudine Cohen afirma que no sólo constituyen "verdaderos tests proyectivos", sino que también presuponen una concepción del arte como un realismo casi ingenuo y acuñado con las representaciones del presente. Por ello destaca la obra de Leroi-Gourhan como un intento de encontrar sentido en el sistema mismo. Más allá de los cuestionamientos que la autora hace al marco interpretativo de Leroi-Gourhan, me parece oportuno recordar que los intentos que la arqueología post-procesual pretende haber acuñado en la última década resultan sólo una lectura algo tardía -y gracias a las traducciones al inglés- de la obra de los franceses.

La segunda parte del libro presenta uno de los bestsellers del siglo XVIII: el Telliamed, libro donde el hombre se inscribe en la historia natural. De allí, se analizan en este capítulo y en los que siguen el problema de la unidad de la especie humana, la creación de la idea de "raza", la clasificación racial en las posesiones francesas de ultramar, la asociación de la raza a la lengua y a la cultura.

La tercera parte, por último, relaciona la literatura francesa y los saberes antropológicos del siglo XIX. En el capítulo 7 "Une tempête sous un crâne. Profils et fossils chez Victor Hugo", el conocimiento de los métodos de la antropología que poseía y utilizaba en sus obras este escritor, le permite acceder a la importancia que el cráneo tenía como símbolo para la ciencia y la cultura del momento. Pero es a fines del siglo que la prehistoria se vuelve tema y escenario de la literatura popular. Consolidada como saber científico, da origen asimismo a aventuras ambientadas en paisajes de una Francia salvaje, habitada por hombres y mujeres remotos. Claudine Cohen arroja una idea provocadora: Le nombre des romans préhistoriques qui prolifèrent depuis le tournant du siècle dernier témoigne de la popularité de cette discipline -mais i dit aussi quelque chose sur la constitution du savoir même. La fiction réalise un discours que la science ne peut tenir. Elle double le discours scientifique afin de rapporter les objets connus à une histoire, et de faire vivre les savoirs accumulés sur les hommes préhistoriques en inventant, en recréant leurs moeurs, leurs pensées, leurs affects (p.199, subrayado mío). Es interesante el

caso de prehistoriadores que desdoblan su producción e identidad bajo seudónimo para sostener precisamente esta visión "viva" de la prehistoria.

L'Homme des origines está muy bien ilustrado y muchas de los grabados de fines del XIX y de inicios del XX muestran precisamente cómo las imágenes "secas" de los instrumentos prehistóricos se cargaban de emociones y de relatos a través de su inclusión en imágenes de paisajes inventados y construidos con elementos de procedencias diversas.

Otro elemento original del libro es la combinación de episodios de la "paleontología" con la prehistoria y la paleontología humana. Si bien en los últimos años, tanto en la tradición anglosajona como en las francesa y española, han aparecido estudios sobre la paleontología o de las prácticas que hoy se ocupan del objeto de estudio de esta ciencia (entre otros Pelayo, 1996; López Piñeiro, 1993), ni la prehistoria ni la arqueología geológica europeas del siglo XIX han merecido mayor atención (con la excepción de los clásicos de Glyn Daniel, 1974; van Riper, 1993). Es de destacar que Claudine Cohen señala un camino interesante: el estudio conjunto de la historia de la prehistoria y de la paleontología, manera en la que estas disciplinas eran desarrolladas antes de su profesionalización y de su institucionalización como saberes separados. El último capítulo sobre Bouvard y Pécuchet, estos personajes de Flaubert que encarnan al burgués ansiosos del consumo de saber, también nos muestra, como envés de esa ficción, que la práctica de estas ciencias en provincias unió historia, prehistoria e historia natural por mucho más tiempo que lo visible en las grandes instituciones metropolitanas.

La incorporación de la distancia crítica flaubertiana nos recuerda que las ficciones literarias también generaron críticas en el mismo campo de la literatura. Como a Don Quijote sus novelas de aventuras, los libros de ciencia embarcan a Bouvard y Pécuchet en las aventuras del burgués del siglo XIX. Sin embargo no tropiezan con un mundo que ya no existe y que los mira como extemporáneos: el equipo del científico puede ser comprado por catálogo en los comercios de historia natural de París y las sociedades de amigos de las ciencias proliferan en la campaña francesa. Bouvard y Pécuchet no son dos caballeros andantes fuera de época, por el contrario, son el resultado de creer a fondo en estos saberes y ficciones literarios y científicos. A diferencia de Don Alonso Quijano, el fin de la aventura no es el retorno a una identidad abandonada. Bouvard y Pécuchet representan, en cambio, al hombre moderno atravesado por el consumo sucesivo de múltiples saberes banalizados que llevan, a veces, al hastío y a la desilusión.

DANIEL, G. (1974): Historia de la Arqueología. De los anticuarios a Gordon Childe. Alianza. Madrid. GOULD, J.D. (1981): The Mismeasure of Man. Norton. New York.

LÓPEZ PIÑEIRO, J.M. y GLICK, Th. (1993): El megaterio de Bru y el Presidente Jefferson: una relación insospechada en los albores de la paleon-

tología. Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 42. Universidad de Valencia/CSIC. Valencia.

PELAYO, F. (1996): "Del Diluvio al Megaterio. Los orígenes de la Paleontología en España". *Cuadernos Galileo de Historia de la Ciencia*, 16. Departamento de Historia de las Ciencias/CSIC. Madrid.

RUDWICK, Martin J. S. (1987): El significado de los fósiles. Episodios en la historia de la paleontología. Blume. Madrid

VAN RIPER, A.B. (1993): Men among the mammoths. Victorian Science and the discovery of Human Prehistory. The Chicago University Press. Chicago.

Irina Podgorny

CONICET/UNLP. Dpto. de Arqueología del Museo de La Plata. Paseo del Bosque s/n. 1900 La Plata. Argentina. Correo electrónico: podgorny@criba.edu.ar

JEAN GUILAINE (dir.): Sépultures d'Occident et genèses des mégalithismes (9000-3500 avant notre ère). Editions Errance, Collection des Hesperides. Paris, 1998, 205 pp. ISBN: 2-8772-150-7.

La aparición de un libro de Jean Guilaine, pese a ser un hecho bastante corriente, nunca deja de generar expectación. Desde hace treinta años este prehistoriador nos tiene acostumbrados a entregas de indudable atractivo -monografías sobre yacimientos, síntesis sobre culturas o periodos, trabajos de alta divulgación sobre grandes temas- y ésta que nos brinda hoy no constituye, felizmente, una excepción. Sin embargo nos apresuramos a advertir que, en rigor, no se trata de un libro más de Guilaine, sino de una obra que, aunque bosquejada por él, cobra vida de la mano de muy diferentes autores. Se compone, en efecto, de once piezas distintas que, por orden de aparición, firman N. Cauwe (1), H. Duday y P. Courtaud (2), Ch. Jeunesse (3), Ch. Verjux, D. Simonin y G. Richard (4), D. Mordant (5), A. Chancerer y J. Desloges (6), Ch. Boujot y S. Cassen (7), P. Moinat (8), A. Beeching y E. Crubezy (9), J. Vaquer (10) y, en último lugar, G. Loison, las cuales se utilizaron como texto de partida de un Seminario mantenido durante el Curso 1996-1997 en el *Collège de France* (Paris) bajo el título Sépultures mésolithiques et néolithiques, genèses mégalithiques. La dirección del mismo corrió a cargo, es casi innecesario decirlo, del Profesor Guilaine, de ahí su responsabilidad en la estructuración de esta obra, tal como él mismo explica en un breve avant propos, y en la redacción de unas presentaciones, tambien breves pero llenas de mordiente, a cada uno de los capítulos.

Son, pues, incumbencia de Guilaine las preguntas que, sobre el amplio tema del megalitismo, desfilan a lo largo y ancho de este libro; también la oportunidad y habilidad de formularlas y, por supuesto, la elección de quienes, desde sus correspondientes dominios

intelectuales, se hallan en condiciones de darlas cumplida respuesta. Y se trata de una responsabilidad y de un mérito no menores por cuanto dan la pauta y son el germen -aunque nada hubiera sido posible, evidentemente, sin la aportación de los auténticos escribidores- de esta original e interesante iniciativa que tiene por objeto analizar, desde ópticas no siempre coincidentes, aspectos tan controvertidos como la componente autóctona (o mesolítica) del megalitismo, la posible aparición de arquitecturas monumentales previas a los primeros dólmenes o el marco en que se produjo la irrupción de la costumbre del enterramiento colectivo en el Este y Sudeste de Francia, sin olvidar otros no menos actuales como la incipiente jerarquización que, a través de los documentos funerarios, se percibe entre las primeras sociedades agrícolas.

El arrinconamiento de las viejas tesis difusionistas y el desplazamiento a un discreto segundo término de la obsesión por localizar la cuna del megalitismo no han conseguido mermar en los últimos años el interés por la cuestión del origen de este fenómeno. El debate sobrevive pero en términos bien distintos y, en apariencia, mucho más productivos. Autores destacados, como Hodder o como Sherratt, han vertido la idea, encontrando excelente acogida, de que en el Oeste de la Europa templada los dólmenes constituyeron una versión de la casa danubiana (Rubané), transferida así al ámbito de los muertos, lo que vendría a suponer que el megalitismo fue una realidad consustancial a la vanguardia del neolítico centroeuropeo en su asomada al Noroeste de Francia. Pero, en la estela de lo que años ha postulara H. Case, nadie se atreve a negar cierta componente mesolítica en la configuración de los primeros dólmenes, tambien reivindicada por algunos de los firmantes de nuestro libro. Duday y Courtaud, por ejemplo, llamarán la atención sobre la entidad y centralidad de las necrópolis mesolíticas en el ámbito atlántico y apelarán a su condición de precedentes funerarios indígenas, ya no sólo amparándose en el archiconocido testimonio de los cementerios bretones de Teviec y Hoëdic, sino sobre todo en la relevancia de una nueva necrópolis del VIII milenio a.C. excavada por ellos mismos: La Vergne, en Charente-Maritime. Pero los argumentos más contundentes de cara a reclamar esa componente mesolítica, y aún paleolítica, los encontramos, sin duda, en la contribución de Cauwe, quien sostiene que las tumbas dolménicas manifiestan los mismos comportamientos rituales (fueron sepulturas colectivas, abiertas, en las que los esqueletos, sometidos a reducciones y mutilaciones sucesivas, no encuentran ese descanso definitivo que sí consiguen los inhumados individuales del Rubané) que en ciertas sepulturas magdalenienses y sobre todo epipaleolíticas (la Grotte Margaux y l'Abri des Autours, en Bélgica, como casos más expresivos). Una situación que dará pié a afirmar que, como mínimo, en el megalitismo occidental se amalgaman dos tradiciones independientes: la del enterramiento colectivo, de raigambre mesolítica, y la de la monumentalización o tumulización, en este último caso, sí, uncida a las primeras sociedades agrícolas,

tal como, por ejemplo en Bretaña, se encargan de recordarnos túmulos carnacenses y tertres tumulaires.

Esta misma cuestión de la monumentalidad se convierte en piedra angular de otra gavilla de artículos del libro reseñado. El reconocimiento del megalitismo como primera arquitectura monumental de la historia, aquel discurso que dio en repetirse pomposamente cuando se comprobó, tras la primera revolución del radiocarbono, su mayor antigüedad que la de las pirámides de Egipto, ha ido derivando a otros planteamientos más complejos en los que se contempla el fenómeno de la monumentalización como algo progresivo. Ya, en su día, prehistoriadores como Thomas o Bradley desconfiaron de que la monumentalidad tuviera que haberse desenvuelto necesariamente en el seno de comunidades con una economía neolítica plenamente desarrollada y con sólidos excedentes, y ahora se recupera esa misma idea al incrementarse la profundidad cronológica de los primeros intentos de monumentalizar el paisaje. Estos habrían precedido, en efecto, a la etapa propiamente megalítica, conforme se aprecia en la clásica secuencia de las sepulturas bretonas neolíticas trazada por Boujot y Cassen en 1992, y no sólo en el caso de las ya referidas tumbas carnacenses o de sus asimiladas del golfo de Morbihan -de mediados del V milenio- sino tambien en el de los complicados enterramientos tipo Bolloy o Passy de los valles del Sena y del Yonne, que han invitado a Mordant a hablar de la emergencia de una arquitectura monumental ante-megalítica, en la que, en justicia, también habrían de incluirse agregarse las tumbas «sous dalle» de tipo Chambon/Malesherbes y los «premegalitos» normandos de la llanura de Caen. Se llega a la conclusión, así, de que no existe una línea de demarcación neta y simple entre paisaje salvaje y paisaje doméstico, sino una rica gradación cuyos matices será preciso perfilar en cada caso.

Si se desplaza la vista a las tierras orientales de Francia (el Macizo Central, el valle del Ródano, los Alpes o el Midi) conservando idéntica altura cronológica, no debería sorprender, en principio, una momentánea pérdida de contacto con ese mundo de las sepulturas megalíticas tan tempranamente arraigado en la fachada Atlántica, pues es sabido que los dólmenes en este espacio tardaron en cuajar. Mas los elegidos por Guilaine para tratar este aspecto enseguida nos previenen de que la situación no es tan simple como acostumbra a pintársenos desde el momento en que, sobre todo en el complicado mundo funerario chassense, cada vez se perciben más rasgos afines a la tradición de las grandes sepulturas del Oeste. Una percepción, por cierto, que propicia precisamente ese juego de palabras de las génesis de los megalitismos del que queda constancia en el propio título de nuestro libro. Es cierto que el tipo de poblamiento registrado en el Midi pudo influir en la adopción de un particular modelo funerario -en teoría, la entidad de los habitats languedocienses y provenzales del Neolítico Medio haría innecesario dotar de monumentalidad a unas tumbas no llamadas a ser símbolos territoriales-, pero los datos arqueológicos no acom-

pañan tan dócilmente a la teoría. Con frecuencia tales tumbas, aunque denotando un fuerte polimorfismo, revisten carácter colectivo y, cual ocurre en los mejores megalitos, actúan como osarios abiertos de uso diacrónico; no escapan, además, a periódicas reaperturas ni a ceremonias que implican la manipulación de los restos esqueléticos de los difuntos, y, en ocasiones, como en el Camp del Ginèbre, Caramany (Pirineos Orientales), aunque se trate de simples inhumaciones individuales, en cista, no renuncian a la monumentalidad -cuentan con la protección de cairns circulares- mostrando bien a las claras una voluntad de exhibición. Así se comprende por qué Beeching y Crubezy, al analizar las sepulturas chassenses del corredor del Ródano, reclaman que no se disocie tajantemente su problemática de «las» génesis del megalitismo, por más que Vaquer proclame coherentemente la originalidad y complejidad de las prácticas funerarias de dicho grupo.

Como colofón y desde su omnipresente silencio, Guilaine lanza a la arena una última cuestión de indudable interés, pero también de enorme dificultad, al preguntarse por la validez de la ecuación sociedades neolíticas = sociedades igualitarias. Tal vez una pretensión algo ingenua por cuanto la documentación para explorar en este asunto, aunque con nuevos nombres, se limita a los mismos lugares comunes invocados en otras muchas ocasiones -el reconocimiento de «solidaridades verticales»-, a través de la riqueza de los ajuares de ciertas tumbas infantiles, tanto en las fosas simples del horizonte de las cerámicas lineares (v.g. Vedrovice), según destaca Jeunesse, como en las cistas del grupo de Chamblandes; el trasiego de bienes de prestigio a larga distancia; los contrastes en la energía invertida en la estructura de las tumbas, etc., pero, indudablemente, tambien una apuesta de futuro que se nos antoja particularmente promisoria en el territorio del Midi donde es posible recurrir no sólo a los datos del mundo funerario sino tambien a aquellos correspondientes a los lugares domésticos (no faltan pruebas irrefutable, por ejemplo, de una acusada jerarquía de poblamiento desde el Neolítico Medio). El reconocimiento de algún tipo de estratificación en las sociedades neolíticas no constituye ninguna novedad; tambien la hay en las sociedades cazadoras-recolectoras. El reto consiste en descifrar el tipo de la misma, en ser capaces de distinguir entre estatus adquirido y adscrito, en llegar a captar verdaderas estructuras de desigualdad y dominación, en precisar en qué medida el almacenamiento social revierte equitativamente en la sociedad o beneficia preferentemente a quienes lo administran y controlan, etc. Insistimos por ello en que se trata, tal vez, de una pretensión ingenua y desmedida pero que no carece de la virtud de operar como una prospectiva y como una invitación para que el análisis de tan apasionante tema sea abordado en un próximo futuro con la necesaria profundidad.

El mérito y el interés de la obra reseñada son incuestionables y no queremos dejar de manifestar nuestra admiración por ella. La investigación sobre el tema de los enterramientos neolíticos ha experimentado

gracias a ella un avance resuelto que permite cobren sentido nuevas preguntas antes impensables, lo cual representa un virtuoso ejercicio de anamnesis. Personalmente, sin embargo, hubiéramos deseado encontrar como pórtico de este valioso trabajo una introducción más sosegada y erudita, en la que no se pasaran por alto aspectos historiográficos que consideramos fundamentales y en la que, más concretamente, se trazara una panorámica o síntesis de tanta teoría general como hay hoy disponible para el estudio de las prácticas funerarias neolíticas. Es posible que no se trate de una omisión sino de una actitud deliberada, de rechazo a tanto discurso en Prehistoria reducido a la especulación. No obstante, tan negativo es que prevalezca el paradigma sobre los datos como confiar candorosamente en que éstos sean capaces de cobrar vida al margen de aquél. Porque ¿acaso resulta viable convertir los documentos en información sin la referencia de un modelo externo? Reivindicar a estas alturas un equilibrio entre teoría y datos es poco más que un brindis al sol y una de las coautoras de este libro, Christian Jeunesse, viene a reconocerlo con rotundidad cuando escribe: «Los datos existen; es preciso liberarse simplemente del corché del paradigma dominante para poder extraer de ellos toda su riqueza» (p. 53). En esa frase se resume todo un procedimiento de investigación que no puede prescindir del paradigma como telón de fondo dialéctico; por el contrario, pretender que las teorías lleguen a germinar a partir de la simple observación puntual de los datos arqueológicos nos devuelve sencillamente a la utopía.

#### Germán Delibes de Castro

Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. Plaza del Campus. 47011 Valladolid.

J.L. MONTERO FENOLLÓS: *La metalurgia en el Próximo Oriente antiguo (III y II milenios a.C.)*. Aula Orientalis – Supplementa, 16. Editorial Ausa. Sabadell, 1998, XVIII+220 pp. ISBN: 84-88810-41-5.

La escasa aportación de la arqueología española a la investigación del Próximo Oriente antiguo es un hecho historiográficamente reconocido. Esta situación se ha paliado levemente desde finales de los 80 y en los 90 con un mayor número de intervenciones de misiones arqueológicas en el extranjero, aunque no siempre con el adecuado apoyo institucional. Pero si centramos el tema en la arqueometalurgia, la aportación puede decirse que ha sido inexistente hasta los trabajos de Montero Fenollós, publicados parcialmente en revistas especializadas extranjeras (por ejemplo en *Akkadica* u *Orient Express*) y ahora en este magnifico libro de síntesis, resultado de su Tesis doctoral defendida en la Universidad Central de Barcelona.

Varios son los méritos de este libro, que debería ser imprescindible en la bibliografía recomendada por pro-

fesores universitarios de nuestro país. Por primera vez se dispone en castellano de un trabajo actualizado sobre la metalurgia en esta zona, con una exhaustiva documentación bibliográfica y aportación de las últimas novedades de materiales y análisis, especialmente de la zona del Alto Eufrates. Además se combina de forma integradora la información arqueológica, tecnológica y textual, de modo que las carencias de unas se suplen o explican con las de los otros. La lectura es, además, fácil y ágil, y las argumentaciones se desarrollan sin miedo a confrontar posiciones distintas, aclarando datos utilizados muchas veces incorrectamente. Las figuras, mapas y gráficos complementan de manera adecuada la lectura del texto. El único matiz que se le puede poner es que no cubre completamente el II milenio a.C., y atiende principalmente a su primer cuarto, como claramente se aprecia en los cuadros tipológicos del Alto Eufrates.

Pero además de sus cualidades didácticas entra de lleno en los problemas que hoy tiene abiertos la investigación arqueometalúrgica. Durante la década de los 90 dos han sido las polémicas más intensas: una centrada en el comercio y procedencia de los lingotes piel de buey (oxhide ingots) del Mediterráneo Oriental (por ejemplo Budd et alii, 1995 contra Stos-Gale et alii, 1997) y otra sobre las minas de estaño de Kestel en el sur de Anatolia, con el debate mantenido entre Muhly contra Yener y Vandiver en el nº 97 del American Journal of Archaeology (1993). Es en este segundo tema donde las aportaciones de este trabajo son determinantes y en especial los datos de los materiales del yacimiento de Qara Quzaq, en el norte de Siria. La constatación del uso de bronces (aleación de cobre y estaño) en los inicios del III milenio a.C. y su presencia, aunque no mayoritaria, en los objetos manufacturados durante todo el milenio disipan las dudas argumentadas por Muhly sobre la escasez de la aleación con estaño en la metalurgia de la zona.

El siempre polémico tema de la intencionalidad o no del cobre arsenicado queda detalladamente expuesto con los pros y contras según los autores y marca claramente la complejidad de situaciones existentes y la posibilidad de que ambas opciones sean ciertas, dependiendo de los casos. Se echa en falta, sin embargo, algunos comentarios críticos a ciertos datos que no son en si mismos concluyentes, aunque los autores que los manejan así los consideran. Sirva de ejemplo la drástica sustitución del arsénico por el estaño, argumentada para marcar la intencionalidad de su adición (p. 115). Pero en realidad, aunque la presencia de arsénico disminuye claramente en las piezas de bronce, esa sustitución no es tan drástica, ya que no deja de existir un porcentaje cercano al 20 % de objetos aleados con estaño en yacimientos de la zona de la presa de Tisrin que presentan valores de arsénico superiores al 1%. En las piezas de cobre de la misma zona algo menos del 50 % superan el 1 % As. Teniendo en cuenta que la fijación del estaño al cobre exige temperaturas medias de trabajo más altas, con los riesgos de mayor volatización del arsénico, es posible entender que con materia prima similar los porcentajes de arsénico se reduzcan de manera natural. Si además la aleación de cobre-estaño se realiza a partir de los elementos metálicos, como indicaría la existencia de los lingotes, la fundición del cobre provocará perdidas inevitables de arsénico y una menor retención en las reacciones de captura del estaño. Sin olvidar, no obstante, que nos queda mucho por conocer de esas reacciones termo-químicas en el interior del horno y en los crisoles en condiciones de bajo control térmico o, dicho de otro modo, de inhomogeneidades internas de temperatura durante el proceso.

Resulta reveladora de las nuevas formas en que debe abordarse esta cuestión y de la visión integradora del autor la frase siguiente (p. 112): "El problema del origen natural o artificial de la aleación de cobre arsenicado no debe analizarse, como suele ser habitual, de un modo global, sino de una forma más local o regional. El estudio de diferentes áreas de producción metálica en conexión con sus fuentes de suministro de mineral está aportando nueva luz al respecto".

Por último quisiera destacar el esfuerzo y habilidad que implica el uso de información procedente de diferentes equipos. No sólo en el análisis de materiales inéditos, tanto de las nuevas excavaciones en el área de la presa de Tisrin por parte de equipos de nacionalidades distintas (española, francesa, italiana e inglesa), sino de materiales antiguos de museos como los del Louvre, British Museum o Ashmolean de Oxford, y su ejecución en laboratorios de Heidelberg, Oxford y Barcelona. Es claramente un trabajo de vocación internacional, no sujeto a fronteras, y menos a absurdos localismos. Su elaboración demuestra una gran valentia, pero también una capacidad intelectual que no esta al alcance de muchos investigadores. El trabajo, sin duda, ha merecido la pena.

BUDD, P.; POLLARD, A.M.; SCAIFE, B. y THOMAS, R.G. (1995): "Oxhide ingots, recycling and the Mediterranean metals trade". *Journal of Mediterranean Archaeology*, 8(1): 1-32.

MONTERO FENOLLÓS, J.L. (1997): "L'activité métalurgique dans la vallée du Haut Euphrate syrien (IIIe et IIe millénaires av. J.C.)". Akkadica, 103: 1-25.

MUHLY, J.D. (1993): "Early Bronze Age tin and the Taurus". *American Journal of Archaeology*, 97: 239-253.

STOS-GALE, Z.A.; MALIOTIS, G.; GALE, N.H. y AN-NETTS, N. (1997): "Lead isotope characteristics of the Cyprus copper ore deposits applied to provenance studies of copper oxhide ingots". *Archaeometry*, 39(1): 83-123.

YENER, K.A. y VANDIVER, P.B. (1993): "Tin processing at Göltepe, an Early Bronze Age Site in Anatolia". *American Journal of Archaeology*, 97: 207-238.

# Ignacio Montero Ruiz

Dpto. de Prehistoria, Instituto de Historia. CSIC. Serrano, 13. 28001 Madrid. Correo electrónico: imontero@ceh.csic.es

CRAIG MERIDETH: An archaeometallurgical survey for ancient tin mines and smelting sites in Spain and Portugal. Mid-Central Western Iberian geographical region 1990-1995. BAR International Series 714. Archaeopress. Oxford, 1998. 205 pp., 49 fotografías, 2 planos, 23 dibujos, 19 tablas y 4 gráficos. ISBN: 0 86054 892 9.

De la *PhD* de Craig Merideth se hablaba en los ambientes arqueometalúrgicos iniciados incluso antes de que fuera defendida en Londres en 1996 ó 1997 (la bibliografía más reciente que ha manejado es de 1994). Es de agradecer, pues, su publicación por Archeopress, aunque los precios a los que se están poniendo (inexplicablemente) los BAR no facilitan precisamente su adquisición.

Leyendo la relación de agradecimientos de las páginas 1 y 2 uno encuentra sobradamente justificada la fama de incansable correcaminos de Merideth, viajando en su pequeño todo-terreno atestado de herramientas para el trabajo de campo, cajas de embalaje y equipaje para sus largas campañas -en ocasiones en solitario- por las tierras de Salamanca, Extremadura, las Beiras y el Alentejo, estirando casi milagrosamente un nada magro presupuesto. Recuerdo entrañablemente nuestro encuentro en septiembre de 1998 en Logrosán (Cáceres), un día de recias tormentas. El equipo de arqueólogos de la Universidad de Extremadura había abandonado el campo el día anterior debido al mal tiempo, pero en la pensión del pueblo me dijeron que "el inglés" –en realidad es estadounidense- estaba en lo alto del Cerro de San Cristóbal. Cuando bajó, ya caída la tarde, me contó con entusiasmo los resultados de la campaña y me enseñó los materiales recogidos, sobre los que discutimos larga-

Este párrafo introductorio creo que es necesario para entender en sus justos términos el candor que destilan el Capítulo 1 (Project intentions and explanations) y otras partes del libro, en las que el autor nos narra con meticulosidad de diario detalles que parecen innecesarios, pero que sin duda forman parte de la experiencia personal del investigador con las que justifica por qué no ha podido llegar más lejos. Porque, ciertamente, y aunque sea adelantar acontecimientos, los resultados de este proyecto, meritorios en muchos aspectos, tienen su otra cara decepcionante pues las prospecciones no siempre han sido lo fructíferas que esperaba. Merideth es honrado y no nos oculta nada, para aviso de navegantes. La propia expresión survey for empleada en el título ya nos anticipa que es una búsqueda de las desconocidas o poco conocidas minas y fundiciones antiguas. No siempre las encontrará, y cuando las halla, no siempre obtendrá información relevante de su prospección super-

Sobre un esquema clásico de tesis, el libro acoge una serie de capítulos necesarios para la puesta en escena que van desde una breve historia del estaño a aspectos geológicos y mineralógicos de dicho metal y su localización geográfica en Europa, ¡todo ello en 17 páginas! El Capítulo 7 (pp. 38-44) está dedicado a una síntesis

de las culturas prehistóricas del área en estudio, extraída principalmente del manual de Jordá *et alii* (1989) y de otras obras generales. Es evidente que a C. Merideth no le preocupa profundizar en cuestiones en revisión tales como el Bronce del Suroeste o el Campaniforme. El mencionado capítulo quizás no alcanzara el aprobado ante un tribunal de investigadores españoles, aunque haya resultado pasable para los ingleses. Es sintomático, por otro lado, de lo poco rigurosos que son en ocasiones los arqueometalúrgicos de la escuela anglosajona a la hora de trabar los hechos tecnológicos en una armadura cronológico-cultural, en particular cuando trabajan fuera de sus fronteras.

El meollo del libro de Merideth comienza en realidad en el Capítulo 8 (*The archaeometallurgicàl survey*, p. 45), un detallado inventario de los 42 sitios visitados y de los materiales recogidos en superficie. Los de interés arqueometalúrgico se reducen a 103 muestras, de las que tan sólo 18 son escorias metalúrgicas, lo que da idea, por un lado, de la escasez de restos conservados en superficie, y por otro de la magnitud de la inversión (más en tiempo que en dinero) efectuada para encontrarlos.

Tras un breve capítulo de metodología de laboratorio se entra en los resultados analíticos (Capítulo 10). Desde el punto de vista metodológico, la instrumentación empleada es la adecuada para los fines que se pretenden: microscopía óptica de muestras pulidas, microscopía electrónica de barrido (MEB), análisis semicuantitativo con la microsonda del MEB y con otros microanalizadores y difracción de rayos X.

Serios reparos pondría yo a la forma de presentar los resultados analíticos. El primero es de orden práctico pues el autor rechaza la posibilidad de ajustar las composiciones al 100 % y las da "en crudo", obligando al lector interesado a hacer los cálculos necesarios para el ajuste, sin dar pistas acerca de qué elementos químicos se han buscado (¿sólo los analizados?) y qué otros no. Al faltar estos datos, uno puede llegar a la conclusión de que las calibraciones de la microsonda empleada son más bien deficientes, pues actualmente, con una buena calibración del aparato, la composición sin ajustar y la ajustada a 100 se parecen bastante incluso cuando se analizan como elementos los óxidos (oxígeno incluido, claro está). Se equivoca el autor al pensar que esa manera de dar la composición de un mineral o de una escoria es "más real", como veremos a continuación.

Las escorias están constituidas habitualmente por compuestos oxídicos y, por regla general, su composición se da como óxidos según un modelo más o menos estandarizado en las publicaciones especializadas. En cambio el autor, quizás para economizar tablas, nos la ofrece como porcentajes de elementos, una forma poco legible a primera vista. Algo similar podríamos decir de la mayoría de los minerales estudiados. Veamos un ejemplo: la muestra nº 10 de la mina Santa Eulalia (p. 150) ha dado en dos análisis 77,07 % y 74,74 % de estaño; es, pues, casiterita muy rica, nos dice el texto. Efectivamente, la casiterita pura contiene 78,8 % de estaño y el resto oxígeno, dato que apunto porque me

he tomado la molestia de hacer los cálculos pertinentes, pues no suelo conservar en la memoria las composiciones elementales de los minerales metalíferos sino su fórmula química. Si la entrada de la tabla correspondiente fuera por SnO<sub>2</sub> (casiterita) en lugar de Sn (estaño) las cifras anteriores serían 97,8 % y 94,8 %, que de un modo directo e inmediato indican al lector que está, en efecto, ante un mineral muy puro sin necesidad de recurrir a relaciones estequiométricas o a actos de fe.

Algo similar se podría haber hecho con los análisis de las escorias, pero aquí nos encontraríamos ante un camino hacia ninguna parte. Merideth, que se ha tomado la molestia de explicarnos con todo lujo de detalles cómo ha preparado las muestras para ser analizadas y anota meticulosamente las áreas de cada una donde ha efectuado tomas analíticas, ha olvidado algo fundamental: que las escorias tienen diversas fases constitutivas que hay que identificar desde el punto de vista químico y cristalográfico (lo ha dicho, entre otros, Bachmann en el trabajo de 1982 que cita), y que a cada escoria debe hacérsele un análisis global (en microscopía electrónica solemos usar ventanas de 25x o 50x con esa finalidad) para poder caracterizar correctamente dicha escoria, establecer sus propiedades, dibujar diagramas ternarios, etc. El autor nos dice que ha barrido ventanas de 800x en cada toma (p. 133), por lo que se deduce fácilmente que ninguna de ellas es representativa de la composición global de la muestra ni, seguramente, de ninguna fase en particular, y como tampoco nos enseña en imagen los campos investigados (excepto en un caso y poco claro, p. 146), nos quedamos sin saber a qué se refieren los análisis. No entiendo por qué no ha utilizado todos los recursos de un instrumento tan potente como el MEB, y es una lástima porque la serie de escorias de estaño de la Torre Romana de Centumcellas (Portugal)

Volviendo al asunto de las tablas, uno no se explica por qué no se ha empleado un formato unificado, disminuyendo el tamaño de letra, y tiene que sufrir constantes cambios en los elementos químicos y su orden en las cabeceras. Cuando tratamos de comparar unos yacimientos con otros, o materiales similares de distintos yacimientos, el proceso se complica innecesariamente.

Además del trabajo analítico, el autor realizó experimentos de fundición de minerales y de temperaturas de fusión de las escorias. Desgraciadamente no ha dedicado un capítulo especial a estos experimentos, que aparecen relatados junto con los datos de los yacimientos correspondientes, lo que obliga a una atenta lectura para no pasarlos por alto. Particularmente interesantes me parecen los realizados con mineral complejo de estaño y cobre encontrado en la mina Golpejas (Salamanca), comprobando la posibilidad real de obtener bronces naturales cuando se funden en un crisol en el laboratorio (p. 138). El éxito del experimento no es probablemente tan generalizable como pretende el autor, pues conocemos al menos un ejemplo arqueológico en el que la fundición en crisol de estos minerales complejos no derivó necesariamente en bronce (Rovira y Montero, 1994: 166). En cambio con las determinaciones de las temperaturas de fusión de las escorias los resultados son incompletos y, aunque no lo fueran, tampoco servirían de mucho al desconocer la composición de estos materiales.

El Capítulo 11 (Discussion and conclusions, pp. 161-166) peca de simplista y algo desordenado. Bien es cierto que el survey no ha dado mucho de sí en términos arqueometalúrgicos: con los materiales de superficie recogidos, la explotación minera más temprana de casiterita en el área prospectada no remonta posiblemente el Bronce Final en Logrosán (Cáceres), hipótesis que ya habíamos formulado hace algunos años como explicación más plausible del auge metalúrgico que experimenta el Suroeste en época pre-tartésica (Rovira, 1993: 46; 1995: 478), y las escorias de estaño más antiguas que se nos presentan son del Bajo Imperio.

Ciertas conclusiones extraídas a partir de la analítica son discutibles además de poco novedosas. Cuando afirma que la escasez de escorias prehistóricas de estaño podría deberse a la cuidadosa selección de minerales con poca ganga no hace sino adherirse a un tópico que venimos manejando desde hace tiempo para explicar el excepcional hallazgo de escorias de cobre calcolíticas en los asentamientos donde existen otras evidencias de prácticas metalúrgicas, pero no tiene en cuenta la alta probabilidad de que el mineral estannífero viajara hasta los centros de producción de bronce y no dejara demasiados residuos metalúrgicos a pie de mina, máxime cuando el propio autor propone el empleo directo de la casiterita (no del estaño metálico) como método para la obtención de la liga cobre-estaño (procedimiento con el que estamos de acuerdo), aunque quizás yerra al decir que se agregaba al crisol con cobre refinado fundido; las evidencias recogidas por otros investigadores apuntan más hacia la fusión conjunta de minerales (co-smelting) hasta épocas bien recientes (Rostoker et alii, 1983; Rostoker y Dvorak, 1991; Gómez Ramos, 1996; Rovira et alii, 1998).

La palabra decepción ronda en mi cabeza tras la lectura de este libro, no tanto por su contenido (que es el que es) como por el desvanecimiento de la idea previa que me había formado, seducido por los comentarios de colegas que seguían de cerca su gestación. Esperaba con toda la fuerza del deseo que este largo peregrinaje por nuestras tierras del estaño sirviera para dar respuestas más concretas al interrogante del inicio de la explotación de los recursos peninsulares. Imagino que el propio Craig Merideth la sufrió en numerosas ocasiones ante el mutismo de los sitios que visitaba. Otra vez se demuestra que la prospección sin excavación sistemática rinde dudosos frutos (me viene a la mente la prospección "a la inglesa" de Blanco y Rothenberg, 1981, con más volumen que sustancia).

Mi decepción no significa que el libro no tenga partes aprovechables. Hay datos analíticos que conviene retener tras reconvertirlos adecuadamente con la calculadora, pero, sobre todo, hay mucho camino andado que no vale la pena recorrer de nuevo (al menos del modo como se ha hecho) y eso también merece ser dado a conocer. El autor lo sabe y por eso ha seguido trabajando en Extremadura, concentrando

esfuerzos, hasta por lo menos 1998, después de dar el carpetazo al original que ahora tenemos en la mano ya con letras de molde. Es de desear que las nuevas evidencias se nos sirvan de otro modo.

De este libro me sorprenden muchas cosas. Tras finalizar su lectura, no exenta de vaivenes, he vuelto al principio, a las páginas de agradecimientos, y me encuentro con que John F. Merkel –un excelente arqueometalúrgico- ha sido el director de esta tesis; que han habido cambios de impresiones y discusiones con P.T. Craddock, H.G. Bachmann, B. Rothenberg y otros próceres del entorno londinense. Eso sin contar con que la editora, Archeopress, suele enviar los originales a varios *referees* antes de decidir su publicación. No lo entiendo... Será que me estoy haciendo viejo... Viejo sí, pero no tonto.

- BLANCO, A. y ROTHENBERG, B. (1981): Exploración Arqueometalúrgica de Huelva. Río Tinto Minera y Editorial Labor. Madrid.
- GÓMEZ RAMOS, P. (1996): «Hornos de reducción de cobre y bronce en la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 53(1): 127-143.
- JORDÁ, F.; PELLICER, M.; ACOSTA, P. y ALMAGRO GORBEA, M. (1989): Historia de España. Prehistoria I. Gredos, S.A. Madrid.
- ROSTOKER, W. y DVORAK, J.R. (1991): "Some experiments with co-smelting to copper alloys". *Archaeomaterials*, 5: 5-20.
- ROSTOKER, W.; McNALLAN, M. y GEBHARD, E.R. (1983) «Melting/smelting of bronze at Isthmia». *Journal of the Historical Metallurgy Society*, 17(1): 23-27.
- ROVIRA, S. (1993): "La metalurgia de la Edad del Hierro en la Península Ibérica". En R. Arana; A. M. Muñoz, S. Ramallo y M.M. Ros (eds.): *Metalurgia en la Península Ibérica durante el primer milenio a.C.* Universidad de Murcia. Murcia: 45-70.
- (1995): "De metalurgia tartésica". Tartessos 25 años después, 1968-1993. Jerez de la Frontera. Ayuntamiento de Jerez. Jerez de la Frontera: 475-506.
- ROVIRA, S. y MONTERO, I. (1994): «Metalurgia Campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de Madrid». En C. Blasco (ed.): *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el Centenario de Ciempozuelos*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid: 137-171.
- ROVIRA, S.; MONTERO, I. y GÓMEZ RAMOS, P. (1998): "The beginning of the use of metal in Spain". Proceedings of the Fourth International Conference on the Beginning of the Use of Metals and Alloys (BUMA IV). BUMA IV Organizing Committee & The Japan Institut of Metals. Sendai: 153-158.

## Salvador Rovira

Museo Arqueológico Nacional. Serrano, 13. E-28001 Madrid. Correo electrónico: srl@ man.es

MARISA RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental. Crítica/Arqueología. Barcelona, 1998, 339 pp. ISBN: 84-7423-906-0.

Este libro viene a unirse a las cada vez más frecuentes síntesis sobre Prehistoria europea y, como ellas, acusa la pluralidad cultural que, ahora y entonces, caracteriza a ese espacio. Todo él es un esfuerzo —bien apoyado en la erudición a la que su autora nos tiene acostumbrados— encaminado a salvar las desigualdades del registro y la diversidad de desarrollos de las comunidades atlánticas para trazar un proceso único, de *tiempo largo*, que tiene lugar en un ámbito geográfico de pretendida uniformidad cultural.

Las dificultades provienen de que la entidad cultural que conocemos como Bronce Átlántico es un concepto construido por la investigación a lo largo de los últimos 60 años. La autora es consciente de ello, no en vano ha contribuido a lograr su momento historiográfico más pujante. En efecto, desde su tesis doctoral y durante las dos últimas décadas ha sido la propia Ruiz-Gálvez quien ha incorporado diferentes matizaciones y enfoques explicativos sobre ese concepto que van desde su reducción a una diversidad de culturas con un comercio y una metalurgia común (1987) hasta dotar a esos intercambios de un contenido socio-económico, que permite presentar a esa comunidad atlántica como una red de élites en competencia política, primero, y de una identidad, también común y de caracter simbólico, después (1993). Más recientemente aplicará modelos de sistemas mundiales, en los que lo económico se impregna de ideología y los objetos/símbolos (que no son otros que las manufacturas metálicas de siempre) son manipulados en sus respectivas regiones tipológicas a la conveniencia de las élites locales (1995).

Este apresurado relato de una serie ininterrumpida de meritorios trabajos encuentra su desembocadura natural en el libro que hoy comento. En el están, de hecho, todas esas sucesivas relecturas de un mismo registro, en un proceso más acumulativo que sustitutorio, y en uno de los momentos en que la autora oscila entre las explicaciones de corte más universalista y la sentida necesidad de estudios de escala más reducida, esto es comarcales o regionales. La razón de estas aparentes contradicciones —que en nada disminuyen el interés de la publicación— está quizás en las primeras páginas del libro donde se confiesan las sucesivas actualizaciones a que ha sido sometido un texto escrito a lo largo de seis años.

En esa primera parte, Ruiz-Gálvez no va emplear más de un par de páginas en discutir la realidad que existe tras la denominación de Bronce Atlántico. Y acaso le asiste la razón de que sería una discusión inútil. Sobre todo si se tienen en cuenta las respuestas que autores, muy diferentes pero de indudable competencia, dieron a la pregunta que constituía el título del Coloquio Internacional celebrado en Lisboa en octubre de 1995: ¿Existe una Edad del Bronce Atlántico?. Su directora, y posterior editora de las actas, Susana Oli-

veira Jorge, estaba a la vez poniendo el título y el dedo en la llaga.

Las respuestas de los investigadores reunidos en aquella ocasión se formularon desde la prudencia a la ironía, pero el Bronce Atlántico consiguió, aunque fuera entre minuciosas matizaciones y todo tipo de eufemismos, su pervivencia como entidad arqueológica. Las consecuencias de una metalurgia y una orfebrería más o menos común, la aparente uniformidad de significado -sea del tipo que sea- de esa expresión cultural que son los depósitos, la siempre práctica contraposición entre lo atlántico, de un lado, y lo continental y mediterráneo, de otro, siguen siendo determinantes a la hora de hablar de la zona y el periodo que Ruiz-Gálvez ha elegido para su obra. Y a ello se añade lo que, de forma proverbial, el metal trae consigo: especialización artesanal y talleres, jerarquización social, intensificación de la producción agropecuaria, estabilización de las comunidades en el territorio, redes de intercambio de materias primas y manufacturas, entre otras muchas cosas. Todo ello teniendo que mantener en la obscuridad, todavía, los poblados y enterramientos de la mayor parte de las poblaciones a las que, en definitiva, se les atribuye una comunidad de ideas basada en su vocación naval.

Es en ese carácter marítimo donde la autora, precisamente, comienza asentando la entidad cultural del mundo atlántico que se propone estudiar. Se muestra, en principio, profundamente braudeliana (el medio hace al hombre); pero esos condicionamientos físicos o medioambientales, a excepción del pequeño capítulo cuarto, se intercalan, más que seleccionados sectorializados, allí donde es necesario. En todos los casos utiliza datos históricos. Algo que no sólo es legítimo sino ilustrativo en el caso, por ejemplo, de tiempos y medios de trasporte, pero que ya no lo es tanto cuando se habla de causalidades. Sirva de muestra la afirmación de que es la dificultad de comunicación interior de la Península Ibérica la que termina primando el trasporte marítimo. Algo que puede ser cierto en la economía compleja del siglo XVI español, queda fuera de lugar en la Edad del Bronce.

En los capítulos anteriores a ese apunte geográfico Ruiz-Gálvez da un repaso a una serie de temas que convergen, unos más que otros, en las relaciones externas de las sociedades antiguas. Lo hace en términos antropológicos y económicos, explicados de forma amena y en las dimensiones convenientes para un manual. Desfilan por sus pequeños apartados casi todos los conceptos, mecanismos sociales o personajes que han llegado a sernos tan familiares como el don, el potchlach y el Big Man y autores no menos habituales que Godelier, Shalins o Rowlands. Pero sus preferencias están en ciertos modelos nacidos al abrigo de esos temas: el modelo empresarial -aplicado por Wells a la prehistoria centroeuropea-, en lo que permite la emergencia de individualidades emprendedoras y, sobre todo, de oportunistas navegantes tras la caida del mundo micénico; la existencia de comunidades de paso, definidas por Hirth, y algunas de sus características, como la gestación de lenguas francas o sistemas premonetales; o los aspectos simbólicos de viajes, caminos o personas, entre estas últimas, como no podía ser menos, los artesanos metalúrgicos. Son estos temas los que la autora ilustra con la mayor cantidad de anécdotas, históricas o literarias, y analogías, en ocasiones pintorescas, que jalonan el libro. Un aspecto –este último– que lo separa de otras publicaciones similares, por más que se advierta en esa declaración de intenciones del autor (siempre comprometida, pero siempre de agradecer) que son los prólogos, que echará mano de otras fuentes que las arqueológicas.

Los dos capítulos centrales, cualitativamente mucho más dentro de la disciplina, se ocupan de las relaciones entre las zonas atlánticas desde la Península. Sin embargo, serán los modelos propuestos y más o menos asentados en otras zonas europeas los que la autora pretenderá acomodar al occidente ibérico. Ésto es particularmente acusado en la etapa más antigua, donde los cambios tecnológicos que produce la llamada revolución de los productos secundarios deben luchar contra la invisibilidad de las poblaciones que teóricamente la llevan a cabo y se aprovecharían de sus consecuencias en la Edad del Bronce. El reducido y escasamente explícito registro no muestra como la supuesta intensificación agraria -que la autora basa en datos paleoecológicos como la desforestación– fija a las poblaciones a la tierra. El modelo de poblamiento debe ser, por lo tanto, itinerante al igual que su base económica. La ganadería, los petroglifos gallegos y cierta expansión demográfica no consiguen, sin embargo, evitar que Ruiz-Gálvez tenga que renunciar a cualquier paralelismo entre las jefaturas europeas, plausibles en Wessex e incluso en Bretaña, y las negadas por el registro portugués y gallego. Pese a ese resultado en cierto modo descorazonador, el capítulo dedicado a estos «primeros contactos» no deja de ser una muestra de su conocimiento detallado de una información muy desigual y de su capacidad para exponer viejos temas desde perspectivas actuales.

Entre las consecuencias de esos supuestos cambios en la economía agraria europea de la primera mitad de la Edad del Bronce, ve la autora el auge de la red de intercambios que se sucederán a lo largo de las etapas siguientes entre los tres ámbitos geográficos tradicionales de la Prehistoria europea: el atlántico, el continental y el mediterráneo, donde el occidente peninsular parece, por su situación, estar abocado a un papel de intermediario. Pese a las indudables transformaciones e intensificaciones de todo tipo que se suceden en tales ámbitos durante el Bronce Final, Ruiz-Gálvez va a encontrar las mismas dificultades que en el capítulo anterior. Las subsanará, en primer lugar, con una serie de elementos y factores que se añaden al metal -que no pierde su tradicional primacía como causa y efecto de las relaciones sociales y de intercambio- y que abarcan, entre otras cosas, desde las modificaciones del clima a la generalización de ciertos cultígenos, de la explotación intensiva de la sal a la inestabilidad política del Mediterráneo oriental. En ellas tomarán categoría casi de personajes la Vicia faba L., la oveja lanera de Sherratt o los comerciantes chipriotas. Y, en segundo término,

tales consideraciones la conducirán a una serie de interpretaciones y explicaciones que tratará de compaginar con las diversas manifestaciones del registro que han sido los temas centrales de sus últimos trabajos.

De esta forma, el significado o simbología *liminal*, ésto es de límite o marca territorial, es aplicado a los testimonios más habituales, es decir, los metálicos, del Bronce Final. Comunidades de paso, áreas de frontera, zonas colchón, lugares neutrales, puntos de paso, etc., explican depósitos, tesoros o armas arrojadas a las aguas, aunque no se identifiquen ni caractericen las poblaciones que separan, comunican o los utilizan. Otras expresiones culturales más peculiares o locales, como puedan ser las estelas extremeñas, se explican, en cambio, en el terreno económico. En este caso es una ganadería especializada la que diseña una red de comunicación física y política, basada en la transterminancia y en las alianzas que la hacían posible, establecidas entre las comunidades complejas de las zonas costeras e interiores. Un ejemplo, para la autora, de un proceso de tiempo largo -de hecho esta explicación se presenta en todo su alcance en el capítulo final- que habría comenzado un milenio antes. Asimismo, en un pequeño capítulo dedicado a transición del Bronce Final a la Edad del Hierro, se integrarán sus ideas sobre esos tiempos largos y cortos aplicadas, con preferencia, al desarrollo de los sistemas premonetales. Su lectura en clave indigenista de esta etapa –es decir, los cambios se operan ya en momentos anteriores a la presencia colonial- se apoyan, paradójicamente, en la demostración que la Península ya se encontraba en ese periodo inmersa en los sistemas de peso del Mediterráneo oriental.

Parece pues coherente que sea, como ya apuntó, el modelo centro/periferia/borde el que Ruiz-Gálvez elige, en último término, como más idóneo para explicar la etapa. Es bien cierto que se trata de un modelo al que hace atractivo su carácter dinámico; pero también es cierta su facilidad para incurrir tanto en un flagrante difusionismo –por más que se le llame interacción–, como para caer en la inoperancia cuando se habla de márgenes, categoría a la que precisamente corresponde la zona atlántica. Se unen a este modelo una serie de mecanismos acumulativos utilizados con frecuencia para justificar transformaciones culturales en las que no se quiere, o simplemente no se puede, proponer movimientos masivos de población o se tratan temas espinosos como lenguas o etnias.

En definitiva, se trata de un libro en el que no falta nada, pero cuya estructura llega a producir, en ocasiones, la sensación sobre todo para los que hemos seguido la trayectoria investigadora de la autora— de estar ante una recopilación de sus trabajos más que ante una obra unitaria. Su recomendable lectura causa algo parecido a una de las imágenes preferidas de Ruiz-Gálvez para explicar los cambios culturales: el «vaso desbordado» de Kristiansen.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1987): «Bronce Atlántico y «cultura» del Bronce Atlántico en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 44: 251-264.

- (1993): «El Noroeste de la Península Ibérica en el contexto de la prehistoria reciente de Europa Occidental». Actas del Congreso Nacional de Arqueología. Vol. I. Vigo: 129-155.
- (1995): Ritos de paso y puntos de paso: la Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo. Complutum, Extra 5.

# M.aD. Fernández-Posse y de Arnaiz

Instituto del Patrimonio Histórico Español. Ministerio de Educación y Cultura. Greco, s/n. 28040 Madrid.

¿SABEMOS DIFUNDIR LA ARQUEOLOGÍA IBERICA A NIVEL INTERNACIONAL?

DO WE KNOW TO PROJECT THE IBERIAN ARCHAEOLOGY TO THE INTERNATIONAL LEVEL?

JOURNAL OF IBERIAN ARCHAEOLOGY, vol. 0, 1998.

REVISTA PORTUGUESA DE ARQUEOLOGIA, vol. 1, nº 1, 1998.

A finales del siglo XX el mundo de la investigación y la ciencia utiliza como lengua franca el inglés, y eso también cuenta para la Arqueología. Se puede afirmar que nada verdaderamente importante deja de publicarse en este idioma. Lo que no significa que carezca de sentido sostener revistas de arqueología en las lenguas propias de cada país, o que se deba -como he defendido en otro lugar- renunciar a la lucha contra el dominio lingüistíco aplastante del inglés, especialmente desde revistas que representan a la arqueología europea (Ruiz Zapatero, 1994). Lo cierto es que, en las últimas décadas de nuestro siglo, lo que podríamos llamar tradiciones arqueológicas «menores» -entendiendo por tales aquellas cuya lengua no es demasiado conocida por la comunidad científica internacional- han percibido la necesidad de publicar en inglés, a través de una revista propia que sea un poco el «escaparate» privilegiado de la arqueología de esos países, y que sirva para difundir a nivel internacional los resultados más relevantes. Consecuencia de tales reflexiones son, por ejemplo, las revistas Norwegian Archaeological Review, Archaeologia Polona y Journal of Danish Archaeology que cumplen el objetivo señalado en sus respectivos países. Con ello razonablemente se previene el aislacionismo de una pequeña comunidad profesional y se ofrecen sus logros e ideas a una audiencia mucho más amplia (Millar, 1998). Un nivel todavía superior lo representa la aparición de revistas de tradiciones «menores» pero con la intención de abrir un foro de debate internacional y no limitarse a ser el escaparate de su país, como el reciente caso de la holandesa Archaeological Dialogues.

Nada similar existía en España y Portugal, aunque ya hace años algunos comentabamos la necesidad de lanzar una revista de características similares a las

citadas más arriba. Y aunque muchos colegas argumentan que con nuestra lengua, hablada por más de 300 millones de personas y con una expectativa de crecimiento a corto plazo muy alta, no debíamos rebajarnos a publicar en inglés, lo cierto es que la consulta de las listas bibliográficas de cualquier monografía o revista internacional revela que las publicaciones españolas son desconocidas por la inmensa mayoría de arqueólogos de otros países. O publicamos en inglés o mi impresión es que esta situación se mantendrá. Compartiendo esta idea ha surgido el Journal of Iberian Archaeology, publicado por la ADECAP (Asocciação para o Desenvolvimento da Cooperação em Arqueologia Peninsular) al calor de los Congresos de Arqueología Peninsular iniciados en 1993, con Vítor Oliveira Jorge, de la Universidad de Oporto, como editor general y un amplio comité científico (7 españoles, 4 portugueses, más 3 británicos, 2 franceses, 2 estadounidenses y 1 alemán, todos ellos vinculados de una u otra manera con la arqueología ibérica).

En el editorial de Vítor Oliveira se explica cómo las transformaciones de la arqueología española y portuguesa exigen mejores canales de comunicación entre colegas de nuestros países y los colegas extranjeros. Con la pretensión de constituir un foro más amplio de presentación de novedades de hallazgos y también teóricas e interpretativas nace esta revista, que publicará un número al año en inglés, integramente a juzgar por la primera entrega. Lo que se piensa que debería constituir el armazón de la revista lo podemos deducir de la petición expresa de trabajos futuros. Así se piden, especialmente, trabajos que, por un lado, exploren el papel de la arqueología como disciplina científica y servicio público, y por otro lado aborden problemáticas de la investigación actual, realicen síntesis o estudien la relación de la arqueología con otras disciplinas próximas. Se presenta con un talante abierto y receptivo a la crítica constructiva.

En este primer número se incluyen 10 artículos, 2 informes de excavación y una pequeña sección de noticias. Los trabajos recogen un amplio espectro temático, claramente sesgado a favor de la Prehistoria, con dos estudios de temas romanos y ninguno medieval. En la autoría españoles y portugueses mantienen un buen equilibrio y no faltan algunos trabajos de extranjeros sobre tema peninsular. Sin que suponga ningún menoscabo para los trabajos publicados, todos de indudable calidad e interés, sí creo que algo falla en en resultado global. Y es que algunos trabajos no están debidamente pensados para ser publicados en inglés de cara a una audiencia internacional, y repito, sin que ello suponga crítica alguna al contenido del artículo. No se puede escribir igual un artículo para una revista española o portuguesa que otro para una revista internacional: la perspectiva y algunos detalles deben ser necesariamente diferentes. Pienso que de cara al futuro de la revista hay que preguntarse dos cuestiones fundamentales: primero, ¿Qué puede elevar el interés y la comunicación entre la comunidad arqueológica peninsular?, y segundo, ¿Qué aspectos de la arqueología de la Península Ibérica interesan a un colega extranjero, que usualmente no lee español ni portugués?. En la primera cuestión es preciso acordar que tienen que publicarse estudios distintos a lo que hace ya un elevado número de revistas de arqueología españolas y portuguesas, especialmente superando algunos de los problemas generales a todas ellas (Rodriguez Alcalde *et alii*, 1996) y por otro lado rompiendo el desconocimiento mutuo (García Marín *et alii*, 1997). Sobre la segunda cuestión, la respuesta es también idéntica, no se pueden incluir trabajos como los que se encuentran en las revistas nacionales.

Mi opinión, teniendo muy presente las dos preguntas anteriores, sobre cuál podría ser la estructura ideal de la revista es la siguiente: (1) Editoriales de peso, que traten de reflejar las novedades generales al estilo de los que publica Antiquity; posiblemente una buena idea podría ser buscar autores que sostengan por unos pocos años este tipo de editoriales, abiertos por supuesto a todos los comentarios que se quisieran enviar a la revista. Ninguna revista española o portuguesa hace esto. (2) Incluir, en cada número a ser posible, un dossier sobre un tema monográfico con varios trabajos, y abrirlo a comentarios críticos de distintos especialista con respuesta del autor, al estilo de Current Anthropology. (3) sección con artículos de fondo, tal vez sólo uno o dos, que busquen ofrecer síntesis temáticas y/o cronoculturales por grandes áreas al estilo de lo que hace el Journal of World *Prehistory*. Es muy importante de cara a los lectores internacionales y esto sólo lo hacen los autores españoles ¡cuando publican en el extranjero! Y (4) una buena sección de recensiones y review articles, selectiva y que sirva para destacar las obras más importantes a nivel nacional.

Un problema especial que quiero tratar mínimamente es el de la calidad de los textos. Primeramente debemos ser conscientes de que al solicitar textos para la revista muchos autores preguntarán si la revista va a traducir sus trabajos al inglés. Como eso sospecho que no es posible entonces bastantes desistirán ya que raramente podrán escribir en un inglés aceptable sus propios textos y los costes de traducción son ciertamente elevados. ¿Se podría conseguir que la revista se hiciera cargo de algunas traducciones? En cualquier caso la revista debería, al menos, tener alguna posibilidad de revisar el inglés de todos los textos. Independientemente de cómo se realicen las traducciones, para maximizar su calidad los autores deben recordar que escribir para una traducción es diferente que escribir para publicar en su propia lengua. Por su parte los traductores deben trabajar directamente con los autores en el área del vocabulario especializado y poder realizar revisiones finales. Se ha llegado a proponer una metodología para optimizar los resultados de la traducciones en temas de arqueología (Millar, 1998).

La iniciativa del *Journal of Iberian Archaeology* debe acogerse con el mayor entusiasmo y el mayor agradecimiento. Las ideas reflejadas por mi parte surgen de esos sentimientos. La revista está pidiendo ampliamente colaboraciones, ideas y crítica construc-

tiva y desde luego el resultado final de lo que llegue a significar es algo que compete a todos, no sólo a los responsables de la revista. Sería muy deseable que todos nos esforzasemos por hacer del *Journal of Iberian Archaeology* algo muy especial para la Arqueología de nuestros dos países.

La Revista Portuguesa de Arqueología es una iniciativa del Instituto Português de Arqueología coordinada por António Marques de Faria. No incluye ni editorial ni presentación de la nueva publicación periódica. El primer número cubre temas desde Paleolítico a Baja Romanidad, en un formato grande, con atractiva maquetación, buena calidad en ilustraciones y fotografías y un formato elegante. El volumen es un buen exponente de lo que una revista de alcance nacional debe pretender: es una revista que puede interesar al investigador extranjero que mínimamente pueda leer portugues. Sólo una queja rotunda, no es de ninguna manera aceptable que las dos reseñas de la sección de recensiones vayan sin firma. Algo especialmente lamentable para los que pensamos que la tarea de escribir reseñas críticas es importante y digna. El anonimato no parece ayudar a ninguno de esos dos valores.

GARCÍA MARÍN, A.; RODRÍGUEZ ALCALDE, A.L.; SAN MILLÁN BUJANDA, M.J.; DE VICENTE BOBADILLA, G. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ªI. (1997): "¿Nos pasamos de la raya?: la frontera hispano-portuguesa a través de las publicaciones de Prehistoria y Protohistoria". *Trabajos de Prehistoria* 54(1): 35-55. Madrid.

MILLAR, A. (1998): "Prekládání pro archeology: metodicke poznámky" (con resumen en inglés). Archeologické rohzledy, 47(2): 481-484.

RODRIGUEZ ALCALDE, A.L.; SÁNCHEZ NISTAL, J.M.ª, MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ªI. y SAN MI-LLÁN, M.ªJ. (1996): "Análisis bibliométrico de las revistas españolas de prehistoria y arqueología en los últimos diez años". *Trabajos de Prehistoria*, 53(1): 37-58.

RUIZ ZAPATERO, G. (1994): "¿Por una 'Europa Arqueológica' unida?". *Trabajos de Prehistoria*, 51(2): 191-193.

### Gonzalo Ruiz Zapatero

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. Ciudad Universitaria. 28040 Madrid.